

CARTAS DE JOSÉ ZORRILLA AL POETA JOSÉ VELARDE (1881-1891)

«Mal que pese a cuantos quieran vestirse con ajenas galas, juntos correrán los nombres de Zorrilla y Velarde» (L. Montoto, *Estafeta literaria*, 1913).

El librero Dauriat a Lucien: «Cuando os hagáis rico, entonces podréis hacer versos» (H. de Balzac, *Ilusiones perdidas*, 1837-1843).

EL nombre del poeta gaditano José Velarde está unido al de José Zorrilla, pues fue el impulsor de *Recuerdos del tiempo viejo* (1880-1882, 3 vols.), deshilvanado y heterogéneo libro de memorias compuesto por las cartas que, dirigidas en un principio a Velarde, vieron la luz en *Los Lunes de El Imparcial* a partir de octubre de 1879. Zorrilla le dedicó la obra: «Al egregio poeta Don José Velarde en prenda de amistad y agradecimiento, José Zorrilla. Barcelona, 1^o de enero de 1881», y narró en los preliminares las circunstancias de este decisivo estímulo. Cuenta aquí la triste situación económica que atravesaba el 27 de junio de 1879, cuando recibió la noticia de que la pensión asociada a los Lugares Píos italianos (la disfrutaba desde 1871) había sido suprimida. Pidió entonces ayuda o trabajo a los editores Montaner y Simón, al arzobispo de Valencia, al empresario del Teatro Español y al ministro de Fomento (conde de Toreno), pero solo obtuvo promesas y poco dinero. El mejor apoyo vino de Federico Balart, a través de cuyas gestiones comenzó a publicar artículos pagados en *Los Lunes de El Imparcial*. A la vuelta de las vacaciones estivales, sus influyentes amigos y protectores movieron los hilos para que volviese a cobrar la pensión, aunque disminuida. Zorrilla siempre justificó este sueldo como una suerte de desagravio por haber perdido los derechos sobre sus obras más famosas (*Don Juan*, *El zapatero y el rey*), escritas antes de la ley de propiedad de 1847¹. El recorte le obligó a trabajar con más ahínco. La nueva corrió por Madrid y fue conocida muy pronto por escritores, artistas y el público en general. En este momento entra en escena José Velarde, quien, gran admirador del poeta y escandalizado por su suerte, envió una carta abierta a *El Imparcial*, el 29 de septiembre de 1871, denunciando el hecho:

¹ Sobre el pleito en torno al *Don Juan* con los descendientes del editor Delgado, Francisco Cervera, «Zorrilla y sus editores. El *Don Juan Tenorio*, caso cumbre de explotación de un drama», *Bibliografía Hispánica*, 3-III-1944, págs. 147-190.

¿Cómo premia la patria los merecimientos de su esclarecido hijo?

Hoy que la edad le agobia y el trabajo le fatiga, le ha retirado la modesta asignación con que vivía y lo ha abandonado a la miseria, sin duda para que ciña a un tiempo a sus sienes la corona de laurel de la poesía y la de espinas del martirio².

Zorrilla contestó expresándole su satisfacción y comenzó a relatarle su vida, desgranando peripecias e infortunios: «La primera carta del bravo Velarde me dio pie para contar lo pasado en el cementerio al borde de la tumba de Larra: y por este recuerdo, como quien tira de un hilo de una madeja enredada, fui yo tirando de mis pobres recuerdos del tiempo viejo hasta formar con ellos el mal devanado ovillo de lo contenido en este libro»³. La carta remitida por Velarde a *El Imparcial* se copia al frente de *Recuerdos del tiempo viejo* cuando se edita como volumen y su nombre se repite como receptor en las primeras epístolas. Desde este momento se convierte, además, en el interlocutor de una correspondencia privada a través de la cual podemos profundizar en la biografía zorrillesca.

LA COLECCIÓN EPISTOLAR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La Real Academia conserva veinticinco cartas manuscritas enviadas por Zorrilla a Velarde desde Barcelona, Madrid, Zaragoza, Vidiago y Zarauz a partir del 19 de febrero de 1881, dieciséis de ellas sin fechar. Los acontecimientos que refieren me permiten datarlas, ordenarlas y precisar la fecha final de la comunicación en noviembre de 1891. Esta correspondencia (sign. Ms. 402) forma parte del Archivo de José Velarde donado por su hija Lucía a la Academia, en 1944. En una epístola de fecha 6 de noviembre de 1944 al entonces director, José María Pemán, Lucía Velarde exponía el deseo de trasladar el archivo y los originales de su padre a la corporación. Estas veinticinco cartas constituían un anticipo de otros envíos que no se realizaron⁴. Únicamente la primera ha

² José Zorrilla, *Recuerdos del tiempo viejo*, México, Porrúa, 1998, pág. 13.

³ *Ídem*, pág. 6.

⁴ Estos datos constan en el Archivo de la Academia. La responsable del mismo, María Elvira del Pozo, me indica el contenido del expediente relativo a esta donación: primero, acta de la Junta de noviembre de 1944 en la que se declara el interés de las cartas y se acuerda aceptar la cesión, así como hacer llegar el agradecimiento de la Academia a Lucía Velarde; segundo, copia del oficio, suscrito por el Secretario (Julio Casares), de este agradecimiento; y, tercero, nota de prensa para hacer pública la noticia.

sido reproducida y en dos ocasiones: en el periódico *El Día*, el 22 de febrero de 1917, y en un breve ensayo de Alonso Cortés⁵.

EL POETA JOSÉ VELARDE

José P. Velarde Yusti (Conil, Cádiz, 1849-Madrid, 1892) estudió Medicina en Cádiz, se trasladó luego a Sevilla y, hacia 1873, ejercía con poco interés su oficio como médico de la Beneficencia. La literatura fue su verdadera vocación; era asiduo a la tertulia literaria del Liceo y participaba en los periódicos *La Tribuna*, *El Demócrata Andaluz*, *El Gran Mundo* o *El Liceo Sevillano* junto a los jóvenes escritores hispalenses Carlos Peñaranda, Juan José Bueno o Luis Montoto y Rautenstrauch. Este último le evoca en sus memorias y le dedica varias reseñas y semblanzas. Gaspar Núñez de Arce, su primer maestro en las letras, le animó a marchar a Madrid en 1878; «otro Don Quijote en busca de aventuras», glosa Luis Montoto⁶. En la capital abandonó la medicina por la literatura. A su parnaso particular había incorporado a José Zorrilla y a Ramón de Campoamor, quien, en su cargo de director general de Beneficencia, le concedió una credencial de seis mil reales. En 1897, Cánovas del Castillo le dio otro destino más rentable en Hacienda. En Madrid frecuentó tertulias (entre ellas, la de Juan Valera), salones y el Ateneo, espacio en el que consiguió grandes triunfos con la lectura de los poemas *Fray Juan*, *A Dios* y *Laredo*. En su «Cacharrería» conoció y trabó amistad con Zorrilla, Valera, Echegaray, Campoamor, Balart, Grilo y Ruiz Aguilera. Siguiendo el patrón común al siglo XIX de literato-político, ingresó en las filas de los liberales junto a Cánovas del Castillo, y fue monárquico convencido y defensor de Alfonso XII.

Coincidiendo con la de Zorrilla, su biografía parece llena de infortunios. «Crítica despiadada y acerba se ensañó contra este vate bondadoso y dulcísimo y le amargó la vida», escribe Juan Valera, refiriéndose con probabilidad a los descalificadores comentarios de que fue objeto por parte del temido *Clarín*, Antonio de Valbuena o Emilio Bobadilla⁷. En la correspondencia con Zorrilla

⁵ Narciso Alonso Cortés, «Zorrilla y Velarde», *Amigos de Zorrilla: colección de artículos dedicados al poeta*, Valladolid, Imp. Castellana, 1933, págs. 51-55. No transcribe la nota final que, en el original, va tras el domicilio: «Mis correspondientes en esa Tepidó y Parera, Pizarro 9, tienen un ejemplar firmado para V.» Con respecto a la publicación de esta carta en *El Día*, remito a la nota 43. Agustín, uno de los hijos de José Velarde, fue secretario de redacción del rotativo.

⁶ «En aquel tiempo...»: *Vida y milagros del magnífico caballero Don Nadie*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1929, pág. 255.

⁷ Valera, *Florilegio de poetas castellanos del siglo XIX*, IV, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1903, págs. 179-180. De Leopoldo Alas puede verse «Fernando de Laredo. Poema en dos cantos, por don José Velarde» y «Camachología», *Obras completas*, V, Madrid, Biblioteca Castro, págs. 419-422 y 655-658.

se adivinan los vaivenes en la fortuna (literaria y crematística) del gaditano, que pasa por etapas de amargura y necesidad. La publicación en periódicos y revistas alivió en parte su penuria (por ejemplo, sus colaboraciones en *La Ilustración Española y Americana*) e intentó triunfar en el teatro (con Juan Antonio Cavestany estrenó con éxito el drama *Pedro el Bastardo*). No obstante, para mantener a la familia tuvo que valerse de la ayuda de la duquesa de Almodóvar del Río, quien consiguió, al decir de Montoto, que el Marqués de Comillas le auxiliase en sus últimos años⁸. Pese a todo, su final fue muy triste según cuenta E. Martínez de Velasco en la necrológica inserta en *La Ilustración Española y Americana*: murió en la miseria, dejando viuda y seis hijos. Pocos días antes, había remitido a la dirección de la revista la parte V de su poema «Alegría» y una carta jocosa para Antonio Cánovas del Castillo con motivo de su boda, al que ahora se pide, en su cargo de presidente del Gobierno, protección para la desamparada familia. «¡Hambre! ¡Viuda! ¡Huérfanos! [...] / ¡Pobre Velarde! / ¡Cómo en la tumba mendigando brillas!», lamentaba Francisco Rodríguez Marín en un soneto a su memoria⁹.

Zorrilla y Velarde tenían algo más en común: su facilidad para declamar en alta voz. Fue proverbial la calidad del recitado zorrillesco en lecturas públicas a

⁸ Según Montoto, Velarde intentó un destino que le diese paz para terminar de escribir su *Romancero de Colón*, pero al presentarse al Ministro de Fomento y ser confundido con otra persona, abandonó el despacho indignado: «Cuando el Ministro de Fomento no conoce ni de nombre a un autor que acaba de estrenar un drama en el Teatro Español y vende al año cuatro mil volúmenes de sus obras, ni le pido nada, ni puedo esperar nada de él» (*En aquel tiempo*..., cit., pág. 258). Relaciono la parca bibliografía en torno a su obra: Montoto, *En aquel tiempo*..., cit., págs. 57-69; y, del mismo autor, varias reseñas incluidas en *Fruta seca*, Sevilla, Establecimiento Tipográfico Monsalves, 1899: «Poetas de D. J. P. Velarde» (págs. 131-152), «Nuevas poetas, por D. J. P. Velarde» (págs. 205-213) y «A orillas del mar, poema por don José P. Velarde» (págs. 289-299). Enrique Miralles (*Cartas a Víctor Balaguer*, Barcelona, Puvill, 1995) da a conocer sus epístolas al catalán. Más juicios en Francisco Blanco García (*La literatura española en el siglo XIX*. Parte segunda, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, 1891, págs. 68-71), Julio Cejador (*Historia de la lengua y literatura castellana* [1918], IX, edición facsimilar, Madrid, Gredos, 1972, págs. 191 y 196), José M^a de Cossío (*Cincuenta años de poesía española, 1850-1900*, I, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, págs. 553-562) y Jorge Urrutia (*Poesía española del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1995, págs. 288-289). En la Donación Montoto (Biblioteca General de la Universidad de Sevilla) se guardan dieciocho cartas manuscritas dirigidas por Velarde a Luis Montoto entre 1878 y 1891 (sign. Mont. Ms. Co5/14). Hay, además, catorce de Lucía Castro Pinzón, viuda de Velarde, fechadas entre 1892-1919 (Mont. Ms. Co5/16) y tres de los hijos de Velarde (Agustín y Lucía) al mismo interlocutor (Mont. Ms. Co5/15 y Co6-4-84). Más tarde retomaré algunas de estas epístolas.

⁹ Martínez de Velasco, «Nuestros grabados» [Necrológica de José Velarde], *La Ilustración Española y Americana*, IX, 8-III-1892, págs. 143 y 144. Rodríguez Marín, *Ciento y un sonetos*, Sevilla, Imprenta de E. Rasco, 1895, pág. 59.

lo largo de todo el país. Velarde también compuso versos pensando en esta difusión y actuó en el Ateneo, los salones de la aristocracia y en teatros como El Español. Cuenta Montoto que Zorrilla, tras escucharle en el Ateneo el poema *A Dios*, le dijo entusiasmado: «Eso no lo ha dicho nadie en castellano: haga usted el favor de repetirlo»¹⁰.

Tal vez lo más interesante de la producción velardiana para el lector actual son los poemas breves y leyendas («El trovador», «Teodomiro», «Toros y cañas», «El año campestre»), en los que se advierte el influjo zorrillesco. En su época fueron muy valorados también los de carácter civil, a la manera de Núñez de Arce, como «El poeta a su musa» y «Tempestades», texto seleccionado por Narciso Alonso Cortés para *Las cien mejores poesías del siglo XIX*. Juan Valera le había incluido antes en el tomo IV de su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*. Su obra se colecciona en varios volúmenes (*Poesías*, Sevilla, 1876; *Nuevas poesías*, Sevilla, 1878, 2ª ed., 1881) y folletos; uno de estos últimos, *A orillas del mar* (1882), está dedicado «Al gran poeta Zorrilla»¹¹. El 5 de enero de 1881, Velarde afirmaba en carta a Luis Montoto: «Zorrilla, poeta de las entrañas del pueblo, tendrá más vida que todos [le compara con otros vates], a pesar de sus incorrecciones y desmayos». Los libros del autor se reunieron en *Obras poéticas* (1886, 2 vols.) con el añadido de los poemas dispersos en revistas.

CONTEXTO Y CLAVES BIOGRÁFICAS DE LAS EPÍSTOLAS

La biografía de José Zorrilla (Valladolid, 1817-Madrid, 1893) está jalonada por continuos problemas económicos. El que probablemente ha sido uno de los poetas más populares y reconocidos por el público de la historia literaria española pasó parte de su vida solicitando beneficios y trabajando sin descanso, empeñándose en proyectos editoriales de escasa fortuna, siempre falto de recursos, indignado y dolido ante la injusticia que le había llevado hasta tan triste situación. El poeta que nació «sobre la tumba de un malvado», es decir, Mariano José Larra, a los veinte años (en 1837), y que irrumpió con fuerza y de manera fulgurante en el horizonte poético español, dominaba de forma

¹⁰ *Estafeta literaria*, Sevilla, A. Saavedra, 1913, pág. 62.

¹¹ Hubo dedicatorias cruzadas en ambos sentidos, como la que sigue, esta vez de Zorrilla a Velarde, testimonio de las reuniones celebradas en el Ateneo madrileño: «Al egregio poeta sevillano José Velarde, que le honró obligándole a leerle en la velada del Ateneo, sostenida por él con los dos ilustres poetas Manuel del Palacio y Ramón Correa, dedica el autor el siguiente *Soliloquio* (De *Mi última brega*)» (*La Ilustración Española y Americana*, VI, 15-II-1889, págs. 94-95).

extraordinaria la composición en verso. Escribió mucho y rápido, alcanzó con celeridad la fama y el reconocimiento con sus piezas para el teatro, pero esta situación no le reportó el premio que podría haberle conducido a una vida serena y acomodada. No hay un equilibrio entre los honores que le dispensaron a lo largo de su carrera (condecoraciones, homenajes, coronación en Granada, etc.) y sus zozobras por causas monetarias. La correspondencia trenzada con distintos personajes transmite una sensación de inquietud, insatisfacción y desgracia; pocas veces parece contento, está demasiado preocupado por organizar sus múltiples quehaceres y mover a sus amigos y protectores en su favor.

El epistolario de la RAE cubre una década llena de acontecimientos en la biografía de José Zorrilla: desde sus sesenta y cuatro años hasta dos antes de su muerte. Es por entonces un poeta de éxito y muy querido, pero está enfermo, le aquejan continuos achaques y necesita siempre dinero. El tren de vida de su casa parece guiado por el derroche, y recuérdese que la literatura es su única fuente de ingresos. Según Emilia Pardo Bazán, Zorrilla era «de los de mano horadada y cabeza refractaria a cálculos sostenidos»¹². Tras el paréntesis de su estancia en México, había vuelto a España en 1861 y, fallecida su primera esposa, contrajo nuevo matrimonio con Juana Pacheco en 1869, cuyos excesivos gastos y dolencias también salen a relucir en las cartas. El poeta había regresado con el convencimiento de que sus versos habían pasado de moda, creyendo que nada podían decir a una sociedad marcada por el positivismo y la ramplonería del sentido común. Pero su oficio era la poesía, por lo que publicó nuevos libros al mismo tiempo que iniciaba maniobras para integrarse en el mundo literario. El ejercicio de la lectura en teatros de todo el país le hace comprobar que el público no le había olvidado¹³. Se convierte así en un obrero del verso y comienza a trabajar casi a destajo. La pensión asociada a los Lugares Píos en Italia supuso un alivio para su siempre maltrecha economía. Las continuas representaciones de sus piezas dramáticas más famosas no repercutían en su bolsillo. En este periodo se queja una y otra vez de lo que entiende como una tro-

¹² «Zorrilla, el hombre», preliminar a *Recuerdos del tiempo viejo*, op. cit., pág. xx.

¹³ Zorrilla tenía motivos para temer el rechazo y, de hecho, recibió críticas en este sentido. Tomo el ejemplo de Pardo Bazán: «En puridad, la vuelta a España [...], fue para el poeta fin oscuro y triste de una carrera gloriosa. En sobrevivir a su época hay siempre melancolía [...]. Zorrilla [...] un muerto era, o por mejor decir, un aparecido [...], algo de otra edad y de otro tiempo, el *tiempo viejo*, como él le llamó» («Zorrilla», parte segunda, *La Lectura*, 7-1-1909, pág. 139). Al respecto, Marta Palenque («José Zorrilla y su concepto del *Tiempo nuevo*. Lectura de la poesía de sus últimos años», *Philologia Hispalensis*, IV-I, 1989, págs. 327-342), Ricardo Navas Ruiz (*La poesía de José Zorrilla: Nueva lectura histórico-crítica*, Madrid, Gredos, 1995) y Armando López Castro («El oficio poético de Zorrilla», *Letras de Deusto*, 112-36, julio-septiembre 2006, págs. 9-38).

pelía y se siente perseguido por todos; cree que le hacen de menos, cambia de domicilio varias veces (Barcelona, Valladolid, Madrid) y viaja sin descanso.

Zorrilla envía sus cartas siempre a Madrid desde varias ciudades: las más numerosas son las remitidas desde Barcelona (cartas 1-4, 6, 8-12, 14), donde se estableció tras su vuelta de México; se trasladó luego a Valladolid (15, 20-21). Acudía con frecuencia a Madrid (5, 9, 16-19, 23-25) para arreglar sus asuntos; deja de tener casa propia en la capital hacia 1882 y se hospeda con amigos y protectores como el pintor Ramón Padró¹⁴ o la condesa de Guaqui, cuyo padre, el duque de Villahermosa, había sido su condiscípulo. Escribe las restantes en los desplazamientos a Vidiago (7), Zaragoza (13) y Zarauz (22).

El formato y calidad del papel del conjunto es heterogéneo, como cabe esperar en una correspondencia de diez años (con lagunas): holandesas, cuartillas, tarjetas..., a veces con membrete (las iniciales de su nombre y apellido entrelazadas, en letra capital y motivos florales, o solo del apellido, en el caso de las tarjetas), y hojas lisas o con cuadrículas (como en la epístola 3, donde se disculpa por lo inadecuado del papel)¹⁵. Asimismo, difieren la extensión y el trazo de la escritura, en el que se percibe el nerviosismo o la prisa, el cansancio y la enfermedad («una afección a los ojos», convaliente de una de tantas operaciones en la cabeza, «lleno de dolores nerviosos», el frío le produce reuma y se le agarrotan los dedos, casi no puede escribir, «un ataque de bilis»...). Se siente viejo y lamenta su pobreza; la vida llega a parecerle insufrible (carta 23). Apenas hay tachaduras; parece escribir de corrido y como al dictado. Sus negocios y padecimientos ocasionan largos silencios.

El correr del tiempo estrecha los lazos de familiaridad entre emisor y receptor. Zorrilla se dirige a «mi querido Velarde», pero con los años el trato es más fraternal: «Pepillo, pillo», «querido Joselillo», «mi queridísimo Pepe»..., mientras él firma «su viejo amigo», «su abuelo», «su agradecido amigo y abuelo en Apolo», y rubrica Zorrilla, José Zorrilla, J. Zorrilla o Pepe. Leyendo la densa correspondencia que mantuvo en el mismo lapso con varios interlocutores, se advierten llamativas coincidencias tanto en el tratamiento como en los contenidos. El poeta mantiene un diálogo por escrito a varias voces, insistiendo en idénticas cuestiones acerca de sus peticiones económicas, reiterando iguales que-

¹⁴ Cfr. Eusebio Blasco, «Amigos de hace treinta años», *La Ilustración Española y Americana*, XXXI, 22-VIII-1898, pág. 107.

¹⁵ Copio la descripción material que reza en el *Catálogo de manuscritos de la RAE* (Madrid, Anejos del *Boletín de la Real Academia Española*, 1991, pág. 394): «papel, 50 ff., 27 x 22 cm (o menores), sin encuadernar. Las cartas se hallan sueltas dentro de una carpeta con el título mecanografiado: *Cartas autógrafas de don José Zorrilla al poeta José Velarde*».

jas, confidencias, proyectos y apuros. Usa expresiones coloquiales, frases hechas, apelativos familiares. A veces se resigna, otras hace gala de humor. Siempre parece estar ocupado, en plena ebullición, ideando proyectos; se preocupa por minucias, tiene que solucionar todo en su familia (escribe mucho, negocia con los editores, arregla los viajes de su mujer, el dinero para sus vestidos...) y transmite una sensación de apresuramiento continuo, de crispación y angustia. «No entra en mi modo de ser el suicidio; pero comienzo a pensar que va a ser el único modo de concluir», escribe a Esteban López Escobar en 1885¹⁶. Se conservan copias casi calcadas de algunas misivas dirigidas a corresponsales diferentes. Además de las cartas objeto de este artículo, remito especialmente a las publicadas por Alonso Cortés, Rodríguez Marín, Pinta Llorente, March Cencillo, Yeves Andrés; también a las relacionadas con los viajes a Asturias (Menéndez, Grossi y Pardo Canalis), Granada (Seco de Lucena) y con el pleito sobre los derechos del *Don Juan* (Cervera)¹⁷.

José Velarde aflora en estos mensajes de Zorrilla remitidos a varias personas. Cuando detalla a su amigo Manuel Madrid los pormenores acerca del proyecto de una pensión nacional en su beneficio, anota: «Esto de los muchachos está apoyado por Velarde (que es el primer poeta que tenemos, por consiguiente envidiado y odiado de las eminencias)...»¹⁸. Por otros billetes se conoce su gra-

¹⁶ Francisco Rodríguez Marín, *Zorrilla, comentador póstumo de sus biógrafos. Cartas íntimas e inéditas... (1883-1889)*, Madrid, C. Bermejo, 1934, pág. 87.

¹⁷ Narciso Alonso Cortés, «Zorrilla y *Clarín*» y «Zorrilla y Velarde», *Amigos de Zorrilla: colección de artículos dedicados al poeta*, op. cit., págs. 47-49 y 51-55; del mismo, *José Zorrilla. Su vida y sus obras*, Valladolid, Librería Santarén, 1943; Rodríguez Marín, op. cit.; P. M. de la Pinta Llorente, «Treinta y tres cartas inéditas de Zorrilla al poeta Emilio Ferrari», *Religión y cultura. Revista Agustiniana*, 1934, págs. 94-114 y 275-286; Juan March Cencillo, «Cartas inéditas de José Zorrilla en la Biblioteca Juan March de Palma de Mallorca», *Fontes Rerum Balearium*, Palma de Mallorca, Fundación Bartolomé March, 1977, págs. 339-404; Juan Antonio Yeves Andrés, *Zorrilla y Lázaro: el viejo poeta y el editor mecenas (1889-1893)*, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano/Ollero y Ramos, 1991; J. F. Menéndez, «Apuntes para la biografía del poeta Zorrilla», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, V, enero-marzo 1923, págs. 117-141; Rodrigo Grossi, «Zorrilla y Asturias y los asturianos», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 63, XXII, 1968, págs. 73-91; Enrique Pardo Canalis, «Una colección de cartas de Zorrilla», *Revista de Ideas Estéticas*, 134, XXXIV, abril-junio 1976, págs. 95-105; Luis Seco de Lucena, *El poeta José Zorrilla y Granada: Cartas inéditas*, Granada, Universidad, 1974; Cervera, art. cit. El epistolario dado a conocer por Alonso Cortés en sus varios ensayos integraba el legado que Zorrilla dejó tras su muerte a la ciudad de Valladolid. María Rosa Cabo Martínez (*Autógrafos que se encuentran en la Casa Museo de Zorrilla de Valladolid*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Valladolid, 1972) transcribe estas epístolas, depositadas allí en el año de su Memoria, y cuyo paradero actualmente se desconoce.

¹⁸ Menéndez, art. cit., pág. 120.

do de intimidad y que el gaditano era su hombre de confianza; por ejemplo, a través de él hace llegar libros o parabienes a sus protectoras¹⁹.

Repaso ahora los temas más destacados de la correspondencia propiedad de la RAE, siguiendo la cronología y rellenando lagunas.

La primera carta, de 19 de febrero de 1881, enlaza directamente con la génesis de *Recuerdos del tiempo viejo*. Zorrilla contesta a una previa de Velarde en la que se presume su protesta ante el agradecimiento del vallisoletano por el artículo de *El Imparcial* y le anuncia el envío del primer tomo de *Recuerdos del tiempo viejo* (1880), con dedicatoria impresa para mayor gloria del gaditano. El viejo escritor elogia además sus versos y, mostrando un abierto desencanto hacia un mundo de las letras prostituido y oficializado, para muchos un mero escallón para llegar a la política, le aconseja no seguir este camino. Aprovecha para pedirle algunos favores con respecto a la venta del volumen en el Ateneo (en el que Velarde pasaba muchas horas) y publicidad en *El Imparcial*. El asunto de la solicitud de una pensión nacional surge desde el principio; Velarde, junto a Isidoro Fernández Flórez, José Fernández Bremón y Luis Vidart, entre otros, iniciaron una campaña para ganar las simpatías de la opinión pública a favor de este subsidio (cartas 5 y 6). Zorrilla pasa de inmediato a dirigir la operación (aunque afirmando sentirse avergonzado e indigno), da los nombres de aquellos políticos amigos que más pueden favorecerle e, incluso, plantea el sentido de la demanda que, en su opinión, debe construirse como una reparación nacional para el autor del *Don Juan*, desposeído de su propia obra. Con el mismo objetivo escribe a distintos interlocutores²⁰ y se pronuncia en los preliminares de *Recuerdos del tiempo viejo*. Teme ser acusado de soberbio al pretender este dinero e insiste en que el asunto debe plantearse como una rectificación de una injusticia, como la respuesta a un derecho legítimo, nunca como un premio a su supuesta gloria, porque esto solo ocasionaría envidias. En concreto, desconfía de algunos políticos, como del influyente Gaspar Núñez de Arce (cartas 8, 9, 10, 12), ministro de Ultramar en 1883; también menciona a Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo (de Estado entre febrero de 1881 y enero de 1883; carta 2), a Víctor Balaguer (diputado, académico de la Historia, carta 2) y al mismo presidente del gobierno Antonio Cánovas del

¹⁹ Pide a Esteban López Escobar que entregue un libro a la duquesa de Medinaceli, indicándole que, en el caso de que no se encuentre en Madrid, le pase el ruego a Pepe Velarde, a quien si no localiza en su casa, puede ver en el Ateneo, «de día o de noche», y le advierte: «págame tú el certificado de correos, o lo que sea, para no ocasionar un real gasto a Velarde, a quien cuatro críticos tontos han puesto la proa y están perjudicando» (12 diciembre 1886, en Rodríguez Marín, *op. cit.*, pág. 130).

²⁰ Por ejemplo al poeta Acacio Cáceres Prat; ver Alonso Cortés, 1943, págs. 798-802.

Castillo (ídem). Se sabe en sus manos y se desespera por tener que mendigarles, como se ve obligado a hacer con el conde de Toreno (ministro de Estado en febrero de 1881; ídem). A Segismundo Moret y Prendergast (se ocupaba de Hacienda en 1871; ídem) lo considera amigo suyo (precisa en epístola a Manuel Madrid, «como pueden serlo los políticos», 11 de agosto de 1882, Menéndez, enero-marzo 1923: págs. 121-122) pero recela de él. En la carta 4 nombra a José Luis Albareda (de Fomento en febrero 1881-enero 1883; carta 4)²¹; aunque parece haberle hecho alguna promesa en firme, las graves inundaciones producidas en Andalucía, en 1881, le hacen dudar de que haya dinero para otro asunto distinto al socorro de las víctimas.

Las epístolas permiten conocer las acciones que llevan a cabo sus admiradores. Así, Isidoro Fernández Flórez llamó la atención, en un prólogo para *Traidor, inconfeso y mártir*, acerca de lo perentorio de conseguir esta justa ayuda económica para el poeta y acusó a los políticos de hipocresía: «¡Vosotros lo sabéis, gobiernos, aristocracia, particulares y pueblo, y olvidáis al poeta! ¡Nada en la vida: todo en la muerte! ¡Hombre desdichado! ¡Dichoso cadáver!»²². Luis Vidart contestó a Fernández Flórez desde *La Época* abogando porque, independiente de la concesión por las Cortes de una pensión, se abriera una suscripción para publicar sus obras escogidas.

Mientras se prolongan las gestiones, Zorrilla sigue trabajando para sobrevivir. A su regreso de América había sido acogido en Barcelona como una gloria nacional y allá donde le llevaban sus lecturas públicas recibía aplausos y afecto. En estas ceremonias le acompañaron poetas catalanes como Manuel de Mata y Maneja, abogado y escritor aficionado que terminó siendo tan amigo suyo que se convirtió en uno de los albaceas de su testamento²³. Zorrilla pasó

²¹ Tomo la información relativa a los cargos y periodos de los distintos ministerios de *La época de la Restauración* (Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1975, págs. 69-73). Indico solo los datos que afectan a los años de la correspondencia. Con respecto a Balaguer, pueden consultarse las cartas coleccionadas por E. Miralles, *op. cit.*, págs. 592-599 y 618-619.

²² Citado en Alonso Cortés, 1943, pág. 797.

²³ Zorrilla le menciona en *Recuerdos*, *op. cit.*, págs. 149 y 192; también Rodríguez Marín, 1934, carta 1. Alonso Cortés (1943, págs. 969-973) reproduce completo este testamento, en el que Zorrilla dejó todos sus «papeles manuscritos, notas, trabajos literarios sin concluir y Memorias póstumas» al abogado Manuel de Mata y Maneja, vecino de la ciudad de Barcelona, «para que queme toda su correspondencia, concluya o dé a concluir sus obras no concluidas, cuyos productos deberá partir a medias con su viuda Doña Juana Pacheco» (págs. 970-971). También dejó a su cargo el envío al Ayuntamiento de Valladolid de «pliegos y paquetes cerrados que quedan bajo el sobrescrito *post mortem meam*» con la indicación de que permanezcan cerrados un año en su archivo, «al cabo del cual se abrirán en presencia del señor Mata y Maneja o de un delegado suyo legalmente autorizado». Ejercieron asimismo como albaceas su mujer, Juana Pacheco, y José Arimón y Cruz, vecino de Puerto Rico.

algunas temporadas en la hacienda de Mata radicada en Comasúa, en la montaña de Montserrat. Mata es el protagonista de las cartas 3 y 4, recomendaciones para que Velarde le ayude a visitar el Ateneo madrileño.

En 1882 necesitó escapar de las intrigas y viajó hasta Vidiago (Asturias), a la casa del rico hacendado Manuel Madrid, al que había conocido en México (carta 7) y con el que fraguó una estrecha amistad: «es uno de los hombres que mejor idea me ha hecho formar de la humanidad, y el a quien debo [*sic*] mejores consejos y más valiosos servicios [...]. Mis versos me han ganado muchos amigos, y es lo único porque estimo algunas pocas páginas de mis incorrectos libros; pero con nadie trabé por ellos tan pronta intimidad como con Manuel Madrid. Hombre de tanto corazón como perspicacia y mundo, comprendió mi posición sin necesidad de que yo se la revelara [...]»²⁴. Allí permaneció durante tres meses (septiembre a noviembre de 1882), descansando y componiendo *El cantar del romero*²⁵. Menéndez y Grossi han publicado varias epístolas enviadas por Zorrilla a M. Madrid en donde se exponen datos acerca de esta estancia.

Durante los años siguientes, y mientras continuaban las tácticas en torno a la pensión, el viejo juglar negociaba con el Ayuntamiento de su ciudad natal, Valladolid, las condiciones de su nombramiento como cronista oficial con sueldo, cuyo ejercicio le obligaba a vivir allí, a lo que accedió a regañadientes (cartas 9, 12, 13). Los vallisoletanos le recibieron con grandes honores e inauguraron un teatro con su nombre el 31 de octubre de 1884. Las calamidades persisten; hubo problemas con el dinero y debió emprender una nueva peregrinación como lector (una «hégira deshonrosa y vergonzosa», carta 12), que le llevó a recorrer numerosas ciudades. Zorrilla se confiesa cansado y humillado; «como un saltimbanqui o un sacamuelas, exhibiéndome por los teatros por un puñado de pesetas» (carta 13). En julio de este año, José Ortega Munilla (director de *Los Lunes de El Imparcial* desde 1879, mencionado en las cartas 7, 8, 21) clamaba contra tanta desafección:

Imposible parece que haya quien discuta la conveniencia o justicia de dar al inmortal poeta Zorrilla una pensión. Las Cortes tratan de concedérsela no muy abundante por cierto, y pocas veces se ha llevado a cabo por el cuerpo legislador un acto de reparación más equitativo.

²⁴ *Recuerdos*, op. cit., págs. 234-235; ver también pág. 312.

²⁵ En el preliminar de este volumen escribe: «El 27 de sept. de 1882, harto de andar en Madrid tras de mi todavía no acordada y prometida pensión; harto de zarzuelas... de toros... de cante y baile flamenco... del gárrulo ruido de discursos y guitarreos... me acordé de una invitación que tiempo atrás me había hecho mi amigo M. Madrid de ir a pasar unas semanas en su casa solariega de Asturias» (Zorrilla, *Obras completas*, II, N. Alonso Cortés (ed.), Valladolid, Librería Santarén, 1943, págs. 287-289).

El grandioso cantor de Granada vive casi en la miseria. Durante más de dos de ellos su único modo de ganar el pan de cada día ha sido los honorarios que le pagaba *El Imparcial* por sus interesantes artículos *Recuerdos del tiempo viejo* [...]. Enfermo, achacoso, lleno de desengaños, carece hoy de todo y se ve obligado a ir por los teatros de provincias dando lecturas de sus poesías.

¿No es triste ver a tan grande gloria viviendo tan miserablemente?

Francia ha enriquecido dos veces a Lamartine, una comprándole sus tomos de poesía y prosa, otra otorgándole una pensión de 10.000 duros anuales. Inglaterra ha regalado a su poeta Tennyson un palacio magnífico enclavado en bello parque. Alemania tuvo siempre por Göthe [*sic*] la admiración y el religioso respeto que merecía.

También el novelista Manuel Fernández y González necesitaba alguna ayuda estatal para sobrevivir; «No es pedir mucho el pedir [*sic*] para estos dos pobres poetas un puñado de oro», concluye²⁶.

Pese a las preocupaciones económicas y los traslados, el epistolario demuestra que el eterno solicitante Zorrilla estaba presto al auxilio de los amigos, como ahora en el caso de Velarde. Obsesionado por la envidia, pecado al que achacaba su triste pasar, creía que el gaditano era una víctima más de la «polilla literaria». En otras ocasiones se alegra de sus triunfos (carta 10) o intenta devolverle sus favores con recomendaciones para él o sus protegidos (cartas 10-13).

En 1883 conoció el propósito de Granada de honrarle coronándole como poeta, un importante galardón al que accedió solo a medias y con una condición: puesto que era «el poeta del pueblo», quería recibir la corona de manos del alcalde constitucional de la ciudad y no de la Reina. Como él sospechaba, su requisito (unido al eterno percance de los pocos fondos económicos) demoró la ceremonia largo tiempo. Otra generación se encargaría de llevarla cabo, el 22 de julio de 1889. No me extiendo aquí en relatar el extraordinario boato y las muchas desgracias que se derivaron de esta efemérides, fuente de las envidias que volvieron a frenar esa pensión tan largamente deseada. La epístola 23 alude a este «inverosímil» evento²⁷. El pobre Zorrilla era un anciano enfermo y se resignó a esta coronación con la esperanza de conseguir algún efectivo, lo

²⁶ «La vuelta al año», *La Ilustración Artística*, 133, 14-VII-1884, pág. 226. Con respecto a *Los Lunes* puede verse Cecilio Alonso, *Índices de «Los Lunes de El Imparcial» (1874-1933)*, Madrid, Biblioteca Nacional/Ministerio de Cultura, 2006, 2 vols.

²⁷ Acerca de esta ceremonia, remito a las crónicas oficiales (M. Martín Fernández, *Zorrilla y su coronación*, Valladolid, F. Santarén, 1889; M. Sancho y Rodríguez, *Crónica de la coronación de Zorrilla*, Granada, Imp. J. G. Garrido, 1889), y a la correspondencia entre Zorrilla y Seco de Lucena, *op. cit.* En carta a Lázaro Galdiano (1 diciembre 1892) dice: «Yo ya he muerto, mi querido tocayo; mi extemporánea e inverosímil coronación fue mi muerte civil, y tengo que aguardar la próxima muerte en el silencio y la oscuridad» (Yeves Andrés, *op. cit.*, pág. 72).

que no parece que ocurriese. Al final, sucumbió a unos fastos desmesurados, que le agotaron, exprimieron y casi mataron.

Vuelvo atrás, a 1885, fecha en la que Zorrilla se aburría en Valladolid. Su recepción en la Real Academia Española le devolvió al vórtice de las letras (cartas 15 y 16). Como ocurre en todo lo que le incumbe, este nombramiento no estuvo exento de polémica. El poeta declara en la correspondencia a sus amigos estar molesto con los académicos y dice prestarse al ingreso por necesidad y obligación, porque las actividades de la Academia no casaban con su independencia. El enfado venía de lejos: en 1848 había aspirado a la vacante de Balmes, que fue concedida a José Joaquín de Mora, y cuando muy poco después se le invitó a ocupar la de Alberto Lista, fue aplazando la lectura del discurso de recepción hasta que, transcurrido un año, el nombramiento quedó sin efecto. Cuando se le reeligió en 1882 (presentado por el marqués de Valmar, Manuel Cañete y Gaspar Núñez de Arce) para ocupar la silla de José Caveda, perseveró en mantener una actitud altiva y despegada con respecto a la Academia e hizo esperar su discurso hasta el 31 de mayo de 1885²⁸. Escribe a Manuel Madrid: «La Academia me envió echadizo un amigo, a quien saben que yo no rehúso nada, Tamayo; y dándome razón en lo pasado y arguyéndome con que resulta ignominioso que yo no sea académico, quedamos en que no sería ni discutido y que soy académico por segunda vez. No quiero que parezca calaverada de chico hecha por viejo y seré académico; volveré a entrar en el mundo y me volveré a poner en contacto con la gente de arriba; que nunca está de sobra el poder desde el foco de las reuniones semanales de la Academia para poder disponer de una chispa que vaya adonde se necesita luz» (11 agosto 1882)²⁹. Finalmente, la investidura, «un acontecimiento histórico-literario por la importancia del poeta a quien se imponía la medalla» en palabras de José Fernández Bremón³⁰, revistió gran solemnidad y exigió un denso y extraordinario protocolo. La asistencia de un público numerosísimo (incluyendo a la familia real, destacados militares y aristócratas) obligó a pasar de la sede habitual al Paraninfo de la Universidad Central. Toda la prensa madrileña se hizo eco del acto. Siempre en aparente contradicción con su realidad pública,

²⁸ Alonso Cortés (*op. cit.*, 1943), Emilio Cotarelo («Centenario del nacimiento de Zorrilla», *Boletín de la Real Academia Española*, IV, XVI, febrero 1917, págs. 3-22) y Alonso Zamora Vicente (*La Real Academia Española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999) han narrado los pormenores de la difícil relación del poeta con la RAE. Cotarelo ofrece la carta en la que comunica su contestación a este nombramiento (escribe desde Vidiago, el 1 de noviembre de 1882), aceptando y afirmando que cumplirá con el discurso «en el más breve plazo que me sea posible». March Cencillo (*art. cit.*) reproduce la correspondencia de Zorrilla con Valmar.

²⁹ Menéndez, *art. cit.*, pág. 122.

³⁰ «Crónica general», *La Ilustración Española y Americana*, XXI, 8-VI-1885, pág. 330.

Zorrilla se hospedaba en el madrileño palacio de la Condesa de Guaqui sin un céntimo y —como suscribe en la correspondencia editada por Rodríguez Marín— pensando en el suicidio. En sus cartas declara su escaso interés por esta distinción; afirma estar desilusionado de premios y homenajes, síntomas de una gloria fugaz y vana³¹. A la que parece revancha se une la desgana, y se retrasa el otorgamiento; tampoco le gustó el lugar elegido para la ceremonia («es el peor sitio para hablar que hay en Madrid», escribe a M. Madrid³²). Como remate, quiso dejar clara su libertad intelectual (en realidad su disgusto por la falta de equivalencia entre este nombramiento y el nulo avance en la concesión de su pensión) componiendo un discurso en verso en el que se confiesa viejo y muerto para el mundo de las letras. En la correspondencia con Tamayo se advierte que los académicos preferían que no se saltase las normas, aunque estaban dispuestos a transigir, y, al final, así lo hicieron³³. Le contestó Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, quien, debido al calor que hacía en la sala, se desmayó y no pudo terminar su alocución.

A finales del mismo año, el inacabable proceso hacia la soñada pensión parecía concluir. El Congreso la aprobó en la sesión del 1 de junio: de un total de doscientos sesenta diputados, resultan doscientas cincuenta y cuatro bolas blancas y seis negras³⁴. Pero todavía faltaban trámites, y al pasar al Senado fue

³¹ Escribe a M. Madrid: «la Academia española me odia a muerte porque soy el primer exacadémico del mundo y el viento del palacio me es contrario porque no he querido nunca cantar las proezas de S. M.» (18 diciembre 1881, en Menéndez, *art. cit.*, pág. 120). A su amigo Magín le dice que no puede volverse atrás: «tengo que dejarme nombrar académico de la Española» (30 septiembre 1882; *idem*, pág. 124).

³² Menéndez, *art. cit.*, pág. 131.

³³ «[M]i discurso no será discurso, ni dirá nada, para defraudar la expectación de los que creen que quiero lucirme; al revés, quiero rebajarme y, si es posible, anonadarme y despedirme de las pompas y vanidades de la enojosa y vacía gloria literaria, que es la más inocua de todas las glorias mundanas» (epístola a Emilio Ferrari desde Valladolid, s.a.; en Pinta Llorente, *cit.*, pág. 100). En el mismo sentido, a M. Madrid: «Y esta es la popularidad y la gloria; la luz de una candileja que puede apagar cualquier tonto», Valladolid, 9 julio 1885, en Menéndez, *cit.*, pág. 133. El 25 de mayo califica todo lo relacionado con la recepción académica de «accidentado, sorprendente y asendereado» (*idem*, pág. 131). E. Gómez de Baquero, *Andrenio* («Recuerdos de Zorrilla», *Pen-Club. I. Los Poetas*, Madrid, Renacimiento, pág. 185), escribía que este discurso era «un melancólico canto de cisne». Cabo Martínez (*op. cit.*) copia varias cartas de Tamayo (de 27 de octubre y 3 de noviembre de 1882). *Cfr.* «Discurso leído por el Excelentísimo Señor Don José Zorrilla en el solemne acto de su recepción oficial en la Academia Española, el domingo 31 de mayo de 1885», *La Ilustración Española y Americana*, XXI, 8-VI-1885, págs. 334-335. Luego en *Obras completas*, II, *op. cit.*, págs. 279-284.

³⁴ *Clarín* mostró su indignación por estos votos negativos en un duro «Palique» (*Madrid Cómico*, 24-V-1885; remito a *Obras completas*, *op. cit.*, VI, págs. 31-34). Narra el proceso Alonso Cortés, 1943, págs. 848-849.

tenazmente debatida por Manuel Calderón y Herce con el argumento de que Zorrilla ya recibía una ayuda de dieciocho mil reales como cronista de Valladolid y veinticuatro mil por la fundación de Montserrat y de Santiago (Lugares Píos) en Roma. El asunto volvió a atascarse y tuvo que tragarse este nuevo desengaño. Fue entonces cuando un grupo de damas nobles reaccionaron ante la afrenta dándole una asignación de su propio bolsillo. Durante su estancia en Madrid, Zorrilla había visitado sus salones, en los que coincidía con Antonio Fernández Grilo (carta 17). La duquesa de Medinaceli (Ángela en las epístolas) y otras señoras (marquesa de Vallejo, marquesa de Linares, duquesa de Santoña, marquesa de Campo y condesa de Guaqui) reunieron la cantidad que, en principio, se le iba a asignar en 1886 (treinta mil reales), aunque, al cerrarse las Cortes sin solucionarse la pensión nacional, se la remitieron en diciembre de 1885³⁵. El autor de *Don Juan* recibió esta ayuda con inquietud, pues temía quedar en una posición ridícula (carta 19). Se entiende su amargura cuando otros obtuvieron salarios oficiales con menos esfuerzo (Fernández Grilo, por ejemplo).

Hay lagunas prolongadas en la correspondencia Zorrilla-Velarde a partir de 1885. El poeta volvió a Valladolid y se asfixiaba en su vida provinciana; tenía problemas con la dirección de *El Imparcial* (junto a Ortega y Munilla, menciona a Eduardo Gasset y Artime, fundador y director del periódico) e inventaba proyectos tales como la edición de la tauromaquia de Pepe-Hillo (cartas 20-21). Viajaba a Madrid, se desesperaba, persistía su mala salud, los negocios editoriales eran un fiasco...; al fin parecía entreverse el final de tanto empeño. El senado avaló el proyecto de ley en sesión de 19 de julio, que volvió a la Cámara de diputados para su sanción, pero el Congreso cerró el 20 de julio y hubo que esperar a su reapertura. Al cabo, el 3 de diciembre, quedó aprobada una pensión de siete mil quinientas pesetas con descuento para el poeta José Zorrilla. Autorizada por el Rey, se publicó con fecha 28 de diciembre. Pero las calamidades no amainan: los retribuciones asociadas a su cargo de cronista en Valladolid y a los Lugares Píos en Italia fueron anuladas, y siguió viviendo con las mismas estrecheces de siempre.

La única carta de 1887 (número 22) da noticia de un traslado a Zarauz (Guipúzcoa) para cumplir con su mecenas, la condesa de Guaqui. «Enfermo, aburrido y desesperado», sigue pensando en el suicidio. El oficio de lector le agota: «tengo que hacer un trabajo oral, casi deshonoroso y brutal para mi edad». Fruto de esta excursión es el libro en verso *¡A escape y al vuelo! Cartacuenta a la Excm. Señora Condesa de Guaqui* (1888).

³⁵ Referencias al caso en Rodríguez Marín, *op. cit.*, págs. 28-34 y Pinta Llorente, *art. cit.*, epístola XII.

Las últimas epístolas pertenecen ya a la década de 1890 (cartas 23-24, de 1891) y hablan de temporadas de encierro y depresión. Zorrilla se cansaba en Madrid, quería volver a Barcelona. Hasta su casa llegaba la información acerca de las vacantes y votaciones de nuevos miembros para la Real Academia. No cesan los beneficios organizados en su honor, a lo que dice rendirse por no desairar a sus protectoras de antaño. Aún estaba dispuesto a trabajar, incansable. Tenía setenta y cuatro años; falleció en enero de 1893. En 1892 había muerto José Velarde.

La correspondencia Zorrilla-Velarde se cierra con un interrogante que espera respuesta: «¿Le conviene a V. entre diez y media y once?» (carta 24). Siempre hay asuntos que tratar, temas que discutir, algo que conseguir. Zorrilla fue siempre solo un poeta y abominó del uso circunstancial del verso como vía de acceso a la política («soy un hongo sin raíces —escribe a Manuel Madrid—, pero ni me he vendido nunca, ni he transigido jamás con los falsos ídolos», noviembre de 1881³⁶). Él aspiró a ascender a la gloria de las letras (aunque sin despreciar el pago por su oficio) y no, como tantos compañeros, a escalar hacia lo más alto en las jerarquías administrativas o políticas. La literatura fue, pues, su única fuente de ingresos, de aquí tanta miseria e inestabilidad. «[L]a glorificación de un hombre sin influencia social ni política en nuestro país es una crucifixión: en España no es nadie grande hasta que muere», escribía en 1889 a Luis Seco de Lucena³⁷. A su muerte hubo muchas muestras de dolor popular y en la prensa se sucedieron las necrológicas. *La Ilustración Española y Americana* ofreció imágenes de su multitudinario entierro, con amplia presencia de todos los estamentos sociales. Esta solemnidad causó cierto resquemor entre sus verdaderos amigos y admiradores, como cifra en esta cita José Fernández Bremón:

Algunos [...] consideraban con dolor el contraste que ofrecía aquel aparato de Guardia Civil, clero, coronas, maceros del Ayuntamiento de Madrid, uniformes, coches de gala de la Real Casa, Congresos, Ministros y grandeza, con el abandono en que debía hallarse la casa del egregio escritor. Sin embargo, un consuelo había llegado: S. M. la Reina Regente continuaba favoreciendo a la viuda con la pensión que disfrutaba en Palacio su marido³⁸.

Emilio Castelar lamentaba, sin embargo, la falta de un homenaje oficial legítimo, de una expresión sincera de dolor ante la pérdida de un genio de su talla,

³⁶ Menéndez, *art. cit.*, pág. 120.

³⁷ *Op. cit.*, pág. 21.

³⁸ «Crónica general», *La Ilustración Española y Americana*, IV, 30-I-1893, pág. 58.

algo que relacionaba con la falta de una verdadera conciencia nacional: «entróme un rato de mal humor contra nuestras costumbres nacionales que nos prestan cierta indiferencia incomprensible ante la muerte de nuestros grandes hombres. Y es necesario conjurar un afecto tan triste, porque indica una tibieza extraordinaria del sentimiento nacional»³⁹. Zorrilla fue siempre identificado como el Poeta de la Patria, de aquí que la reflexión castelarina, al filo de 1898, adquiriera más hondo significado. Pero este es un tema que merece un ensayo independiente. Zorrilla había expresado su deseo de un entierro humilde en el camposanto de su ciudad natal, pero tuvo que soportar, incluso en la muerte, el capricho y la vanidad ajenos. El saber popular encierra en pocas palabras el sentimiento humano ante la esquizofrenia de la fortuna y la hipocresía del juicio: «Dios te libre del día de las alabanzas».

TRANSCRIPCIÓN DE LAS CARTAS⁴⁰

I.

Barcelona, 19 febr[er]o 1881

Mi querido Velarde: su carta de V. me ha hecho llorar, pero ¿qué menos podría yo hacer que dar a V. las gracias públicamente por la pública defensa que de mí hizo en su primer artículo?

Tengo el convencimiento, y lo creo en conciencia desde la primera poesía que de V. leí, de que es V. el primer poeta de la segunda mitad del siglo XIX. Tiene V. la belleza de la forma, la corrección de la palabra, la armonía de la versificación, y el lujo meridional de ideas de los mejores tiempos de su tierra. Yo, que tengo sobre todos mis contemporáneos la ventaja de no tener envidia, ni soberbia, ni pesar del bien ajeno, tres vicios de nuestra época, le vi a V. surgir con el placer más sincero; y si hay alguno a quien pueda llamarle regocijo de las musas es a V. que rebosa poesía por todos sus poros. Sus versos de V. trascienden al azahar y las magnolias de las riberas del Wad-al-kebir: tienen la tendencia a cuajarse en forma clásica sin dejar de ondular y flotar vaporosos en el vago ambiente del indeterminado romanticismo; están llenos de pensamien-

³⁹ «Murmuraciones europeas», *La Ilustración Artística*, 579, 30-I-1893, pág. 74.

⁴⁰ En la copia mantengo los subrayados del original, la falta de cursivas en los títulos, el peculiar uso de mayúsculas y minúsculas, y solo modernizo la ortografía. Hago cambios mínimos en la puntuación. Entre corchetes van algunos añadidos al texto, que introduzco para facilitar la lectura; entre corchetes y cursiva: palabras de lectura dudosa. En nota a pie de página apporto información relativa a personajes o circunstancias no comentadas en las páginas introductorias.

tos profundos y trascendentales, servidos en la salvilla de transparente y valioso cristal de roca de una amenidad y franqueza de [*dicción*] que se bebe sin sentir como la ambrosía; no tiene V. aún género determinado, vacila V. aún entre el entusiasmo que se deja arrastrar libre, valiente y espontáneo por la propia inspiración y el vulgar instinto de seguir la corriente de lo que da dinero, bajo la forma en [que] el vulgo lo acepta. Hoy hace V. doloras, mañana dice V. «poemas»... Ni las doloras son dignas de V., que pica más alto, ni los poemas lo son, en la acepción clásica de la palabra. Poema es una voz griega que significa una composición que consta de todas las partes de que debe constar: un epigrama, un epitafio, un madrigal es un poema en este sentido; los que han introducido esta palabra como título de las modernas composiciones lo han hecho furtivamente, porque el vulgo crea que rayan a la altura del poema, que es el épico no más y que no es lo que hoy se hace; poema es toda composición, pero no se aplica más que al poema épico, a la gran narración de un hecho en cuya acción luchan los dos opuestos intereses de dos razas, de dos religiones, de dos banderas, de las cuales la vencedora crea una una raza, una fe y una enseña nueva que tremola sobre la ruina, la gloria y la memoria de la raza vencida. Esto es poema, es decir epopeya, y nosotros no tenemos más que Granada y Méjico: yo no supe hacer la primera, y García Gutiérrez no es ya hombre para la segunda⁴¹.

Dispénsese V. que le diga todo esto, y rompa este papel en que se lo digo después de leerlo. Yo soy ya tan viejo y he hecho tantos versos que puedo juzgar a nuestros contemporáneos, es decir a los que hacen versos.

El bombo, el arte de medrar, el *sauvoir faire* para que la poesía sirva de escalón a la política, y conduzca a una embajada, a un ministerio, no es la poesía esa [que] se acepta por un partido, se aplaude y se vende y produce dos, diez, veinte años; pero sobre esa flota, y sobrevive, la verdadera poesía popular, no vulgar y populachera, sino la que expresa, reasume y vivifica la poesía del pueblo, patria del poeta que da con ella.

Yo no le tacharé a V. por seguir la corriente y echar la red de su poesía a un buen destino que le conduzca a V. a una buena fortuna, no; pero déjese V. llevar de su propio genio: sea V. usted. Yo le quiero y le admiro tal como es, y si algo valgo y mi reputación de algo sirve para elevar la de V. no tiene más que indicarme cómo le puedo servir, y suyo soy a muerte y a vida; y por Cristo que no hago más que pagarle a V.

⁴¹ Antonio García Gutiérrez, célebre autor del drama romántico *El trovador* (1836), marchó como Zorrilla a América en 1844 buscando fortuna, y vivió en Yucatán (México). Su proyecto de componer un poema dedicado a aquellas tierras no llegó a fragar.

Guárdese V. para V. solo mi opinión o cuéntesela a quien se le antoje; yo estoy dispuesto a sostenerla, y por esto y por gratitud le he dedicado a V. mi libreo: siento que llegue a ser un libro.

Yo no sé lo que podrá servirme a mí el cariño que V. me tiene en el afán con que me defiende; por el pronto puede V. hablar al Sr. Moreno Nieto⁴² para que permita que mi libro se venda en el ateneo y lo mismo en la redacción del *Imparcial*. En este momento está probablemente expirando en esa mi padre político, acontecimiento que trastorna mi casa, la enluta y agota su fondo pecuniario. No le digo a V. más. Yo no creo, no espero ya que ningún gobierno vote mi pensión para evitarme morir en el hospital o en el manicomio; pero su carta de V., expresión leal de la amistad verdadera y del filial cariño que V. me profesa, me compensa todas las amarguras de mi vida, la estrechez de mi posición y el abandono de los que tantos años ha que con el producto de mis obras viven.

No puedo más: tengo que consolar y cuidar a mi infeliz mujer, que hoy se queda huérfana y sola conmigo sobre la tierra.

V. puede escribirme y escribir de mí lo que le dé la gana; y en vez de llamarme protector y padre, puede V. considerarme como amparado por V. que tiene la fe, la juventud y el porvenir, de los cuales no me queda a mí ya un átomo; pero me queda un corazón sin envidia y sin soberbia para no considerarme humillado porque pase delante de mí la juventud que tras de mí viene; y espero que crea V. siempre en la gratitud de su amigo y admirador

José Zorrilla.

S/c. Pasaje de la Paz, 12, 2º

Mis correspondenciales en esa Tepidó y Parera, Pizarro 9, tienen un ejemplar firmado para V.⁴³

⁴² El abogado y político José Moreno Nieto fue presidente del Ateneo entre 1876 y 1882.

⁴³ Lucía Castro Pinzón, viuda de Velarde, dedica en su correspondencia con Luis Montoto varias líneas a esta primera carta: «También encontré autógrafos muy interesantes, entre ellos varias cartas de Zorrilla, pero una tan notable en que le dice tales alabanzas, y en términos tal de crítica, juzgándole como el 1er. poeta de la 2ª mitad del siglo XIX, que no sé si sería bien poner algún párrafo o publicar el facsímil, pues creo daría yo a V. también datos de que Pepe fue quien con un artículo de “El Imparcial” dedicado a Zorrilla y sus gestiones y exposición a las Cortes, le rehabilitó en su pensión del Estado, que le habían suprimido, y le proporcionó grandes auxilios del entonces ministro de Fomento (Conde de Toreno) y de unos editores de Barcelona, por lo que el gran Poeta dedicó a nuestro Pepe sus “Recuerdos del tiempo viejo” y esta es la carta más interesante al remitirle el ejemplar en que pone como prólogo el artículo de mi marido q. e. p. d.» (Madrid, 28 abril 1911; cfr. *Cartas de Lucía Castro Pinzón, viuda de José Velarde, a Luis Montoto y Rautenstrauch. 1892-1919*, Biblioteca General de la Universidad de

2.

Barcelona, 25 febr[er]o [1881]

Mi querido Velarde: le he escrito a V. hace unos días una larga y alegre carta, escrita bajo la agradable impresión de la última suya. Temo que no la haya V. recibido, porque se la dejó al estanquero que me certificó el artículo del imparcial y recuerdo que no la eché yo mismo en el buzón. Dígame V. si la ha recibido, y si no para reclamarla.

Hoy le escribo a V. en una situación amarguísima: he tenido que enviar a esa a mi mujer a que recoja el último suspiro de su padre, a quien, según telegrama de ayer 24 a las diez, iban a sacramentar a las 11. Yo la he dado para irse todo el puñado de duros que aquí tenía; he escrito a Gasset y Artime para que no la retrasen el pago de los artículos y a un mi amigo muy antiguo que ahí tengo, que la habrá llevado mil rs. más. Aquí recogeré [otro] puñado de duros que mandarla, y no creo que la falte, aunque, si entran los curas en la casa, todo es poco. Mi suegro debe de haberse muerto al ver al primero.

Pero temo que Prendergast vuelva a quitarme mi sueldo, porque tira de él siempre que toma posesión un nuevo ministro de Estado y no conozco a Vega Armijo. Quisiera que V., que es por mí capaz de meterse en todo, se acercara bonita y calladamente a Moreno Nieto para que le previniera en mi favor o hablara a quien lo hiciera.

V. me habla de Balaguer: no hay que fiar ni esperar nada de él. Este es un catalán hablador que, contra el carácter de su paisanos, no hace nada más que hablar: lo promete todo y se olvida siempre de todo menos de lo suyo. Al llegar el caso de hacer algo dirá que no está bien con el gobierno a pesar de todo⁴⁴.

Dígole a V. esto porque no pierda tiempo con él; siga V. como hasta aquí con él, pero V. vale demasiado para que no sea envidiado por las medianías, por más afortunadas que sean.

A quien puede V. tratar de ver cómo se previene en mi favor es al ministro de fomento⁴⁵, a quien tampoco conozco: éste puede de los fondos del minis-

Sevilla, Donación Montoto, sign. Mont. Ms. C05/16). La epístola se copió finalmente en *El Día*; ver nota 3. La viuda de Velarde había pedido a Montoto que redactase una biografía de su marido para encabezar sus obras completas, solicitud que el sevillano no atendió.

⁴⁴ Zorrilla escribe a Balaguer el 11 de febrero de 1881 pidiéndole que interceda a su favor. Le solicita, asimismo, amparo para otras personas. No obtendría lo esperado a juzgar por lo que cuenta aquí a Velarde. Sin embargo, insiste años más tarde, ya a la desesperada, según varias cartas de 1886, cuando Balaguer había sido nombrado Vicepresidente del Congreso y Director del Consejo de Instrucción Pública. Se conservan varias cartas de igual fecha remitidas al escritor y político por Velarde; *cfr.* Miralles, *op. cit.*, págs. 576-579 y 592-599.

⁴⁵ José Luis Albareda ocupaba esta cartera desde el 8 de febrero de 1881.

terio ayudarme al menos a enterrar a mi pobre suegro y a vestir de luto a las siete personas que de mí dependen. A mí no [se] me ocurre con quién podrá V. hablar de esto, pero se lo digo yo a V. porque no tengo otra persona de mi confianza a quien decírselo. Una limosna sería lo que más me convendría en este momento, porque mis impresores no quieren meter en prensa mi segundo tomo sin ver [venir] y [calentar] el éxito del primero, y como nadie, ni aún el imparcial, dice nada de él ni lo anuncia, yo no puedo usar del crédito que con ellos me daría el éxito. El conde de Toreno, cuando me dejaron a la luna de Valencia entre Cánovas y Prendergast, me dio dos mil pesetas que me impidieron ir al hospital⁴⁶. Si hoy me volvieran a dar un socorro me librarían de la vergüenza de enterrar mal a mi suegro y vestir peor a su hija.

Bien entendido que por mí no deba V. de arriesgarse a ninguna humillación: yo tiraré como hasta aquí, convencido de que sólo para mí no hay amparo en mi tierra, pero yo tengo mucho estómago, y como a lo que parece yo tengo que vivir mucho y enterrar a la mitad del género humano, puede que alcance la venida del [petróleo] y esto me consolará y verá quien viva.

Al ateneo he enviado con anuencia de Moreno Nieto mi libro. Si puede V. pujar su venta, hacer poner algún suelto o algún anuncio, no dude que se lo agradecerá su amigo que le quiere, y en cuyo cuarto entran dos personas que le interrumpen

José Zorrilla.

Pasaje de la Paz, 12, 2º.

3.

Barcelona 9 Abril [1881]

Mi querido Velarde: D. Manuel de Mata y Maneja le presentará a V. una carta mía de recomendación. Para que no crea V. que es un compromiso le escribo a V. aparte estas cuatro letras para decirle que la recomendación es verdadera y que es una persona a quien deseo servir. Es individuo del Ateneo barcelonés y tiene por ello derecho a ir al de Madrid; aquí le miran un poco de reojo porque no quiere escribir en catalán, pero escribe bien en castellano y es decidido partidario de V. y mío, y amigos... Dios nos los dé, no importa en dónde.

Yo sigo haciendo expediciones y amigos en Cataluña. Ayer volví de Figueras, en donde me han colmado de regalos, y tengo que volver a satisfacer al casino Menestral, sociedad de obreros, que me dio una serenata y un baile del país.

⁴⁶ Recuerda la suspensión de la paga asociada a los Lugares Píos en Italia, en 1879.

Todo esto es sembrar para recoger, porque aunque los regalos son valiosos, como esto nunca se puede reducir a dinero, de esto recojo apenas de sesenta a cien duros en cada parte. Como V. ve es bien poco, pero me ayudo con ello y creo que vale más que pedir prestado.

No puedo más porque es muy tarde y tengo los ojos malos.

Si ve V. a Vent[ura] Ruiz Aguilera, dígame V. que recibí su carta en Figueras, pero que en estas expediciones no tengo descanso de un minuto y que le enviaré la décima que me pide; pero esto me parece, como todo el centenario, una carajada de la cual vamos a salir con las manos en la cabeza, por parodiar los centenarios que se han celebrado antes que el nuestro; pero a bien que no somos nosotros los inventores de él ⁴⁷.

¿Cómo está la Señora? Me alegraré que ya esté fuera de cuidado. Hágale V. presentes mis más afectuosos recuerdos y no olvide a su amigo que le quiere siempre

José Zorrilla.

(No haga V. caso del papel, porque he perdido la llave del pupitre y no he hallado más q[u]e este.)

4.

Barcelona, Abril 9 [18]81

Mi querido Velarde: esta sirve de presentación a D. Manuel de Mata y Maneja, que es un segundo yo.

Sostenedor en mi ausencia de mi fama de loco y trenzado, me saludó en este Ateneo barcelonés con una poesía que, durante su lectura, me pareció mía. Llevo desde entonces con él una amistad fraternal y he debido a su familia una cordial hospitalidad. Suplícole a V. pues que le lleve al ateneo y le presente a todas nuestras notabilidades literarias. Verá V. que es un hombre tan modesto como inteligente: trátele V. como si fuera yo mismo y hágale conocer a Campoamor, Sellés, Echegaray &c. Yo le he dicho de V. perrerías e infamias; pero algo hay q[u]e disculpar a un viejo loco que le quiere a V.

De mis negocios no le digo a V. nada; pero si Alvareda [*sic*] vuelve a Madrid y las inundaciones de Andalucía dejan diez reales en caja...

Suyo siempre, su mejor amigo y aplaudidor

J. Zorrilla.

⁴⁷ El poeta Ventura Ruiz Aguilera coordinó el álbum poético insertado en *La Ilustración Española y Americana* con motivo del segundo centenario de la muerte de Pedro Calderón de la Barca, el 25 de mayo de 1881, en el que asimismo participó José Velarde. Acerca del carácter de las fiestas mantenidas en su honor, puede verse *La Ilustración Española y Americana*, XX, 30-V-1881 y XXI, 8-VI-1881. La instrumentalización ideológica que se hizo de la vida y obra de Calderón dio lugar a agrias polémicas entre las distintas facciones políticas.

5.

Dic[iem]bre 19, [18]81, Madrid

Mi querido Velarde: recibí a tiempo su cariñosa carta, y dolores de vejez, que ya me acosan, y negocios de familia, que me traen a mal traer, me han impedido ir a ver a V., porque no quería contestarle por escrito.

En primer lugar, mil y mil gracias por haberme dedicado sus preciosos romances del almanaque de la Ilustración⁴⁸. V. en su carta me llama maestro, pero con sus romances da al maestro cuchillada. Nunca he hecho yo en las mías descripción tan exacta, tan rica y tan verdadera al tratar asunto campes- tre ni cortesano. Me doy, pues, por muy honrado y favorecido con su dedica- toria, y declaro, sin que nadie a ello me obligue, que cedo el paso y me quito el sombrero ante el nuevo poeta que viene a quitarme el puesto en el género descriptivo. Un ¡viva! cordial y un ¡gracias! sincero, y a otra cosa.

Antes de ayer fui a ver a Luis Vidart, a quien supliqué que reuniera a V., a Fernández Flores y a Bremón con él para convenir en la fórmula más adecua- da para que yo diera a Vms. por escrito un testimonio público de mi gratitud: supongo que aún no se ha podido por algo efectuar esta reunión, y hoy escri- bo a V. esta, porque he recibido una por el correo que tal vez me obligue a salir de Madrid dos o tres días antes de lo que creía.

He aquí lo que yo quería exponer ante V. y los tres citados, a quienes con- sidero por mis mejores amigos, puesto que tan desinteresadamente abogan por mi causa.

Creo que caen Vms. en un error, hijo del cariño en que me tienen, que me perjudica inconscientemente en vez de favorecerme.

Dicen Vms. que soy un gran poeta, una gloria nacional, un genio que merece bien y protección de la patria, etc., etc. Esto, mi querido Velarde, ofende y da celos a todos los que han hecho versos, aunque no sea más que una décima para dar los días a su abuelo, publicada en un periodicucho que haya vivido veinte días. Tal es la condición de nosotros los Españoles, y todos estos ofendidos de quienes voy hablando se creen tan poetas como V. y más que yo, y acreedores a vivir en la holganza pensionados y mimados por el gobierno. Yo creo que mi cuestión es otra, que nadie quiere entender: mi cuestión, mi dere- cho a la protección es de números y no de letras: V. y Campoamor y Núñez de Arce y otros valen más que yo, porque vienen Vms. tras de mí con su nue- vo germen de ciencia y de poesía, que a mí me faltan; pero yo tengo la des-

⁴⁸ Velarde le dedicó en 1881 «El año campestre. Al gran poeta Zorrilla», *Almanaque de La Ilustración Española y Americana para 1882*, págs. 69-72 y 74-77; luego editado como folleto: *El año campestre: Poema*, Sevilla, Francisco Álvarez, 1882 (en *Obras poéticas*, II, Madrid, F. Álvarez, 1886, págs. 177-201).

ventura de haber vivido más de lo que creí, y ahora he aquí mi problema, que es el q[u]e hay que resolver.

Zorrilla produjo dos o tres mercancías literarias, que bajo los títulos del Zap[atero] y el rey, Sancho García y Don Juan Tenorio, entraron en circulación capitalizadas en diez a doce mil rs. cada una; Zorrilla produjo estas mercancías literarias antes de la promulgación de la ley de propiedad teatral, es decir antes de 1847, y las vendió como entonces se vendían estas cosas, cada una de las cuales ha producido legalmente a sus compradores 30, 40 y 50 mil duros. Ahora bien, como la ley no tiene efecto retroactivo, como no acuerda a las obras de ingenio la lesión enorme, Zorrilla mantiene en la 1ª quincena de no[viem]bre, con Don Juan Tenorio, a todos los cómicos y los empresarios de España y América, y está expuesto, si llega por maldición de Dios a la decrepitud, a morir en el hospital o en el manicomio, o a pedir limosna en aquellos días en que con su obra mantiene a tantos. Y dicen sus amigos «a los legisladores»: «Puesto que la ley no puede amparar a Zorrilla obligando a los que legalmente compraron sus obras a partir con él sus enormes ganancias, no dejen morir de hambre en la vejez al que con tales obras creó estos capitales y mantiene tantas empresas». Esta es mi cuestión y mi derecho, no mi mérito que es discutible, ni el número innumerable de mis poesías, entre las cuales hay cinco buenas por cinco mil malas; no el favor de la opinión errónea o de la amistad parcial que me llama gran poeta y poeta popular y todo eso a que hay otros que tienen tanto derecho como yo.

A un diputado comerciante, positivo y prosaico, a un senador magistrado, o blasonado, ¿qué le importa un poeta?, pero si le explica que una comedia que ha producido cien mil duros al editor no produce un real a su autor, que ha vivido cuarenta años trabajando para comer, mientras su editor ha podido pasearse en coche, y que ahora que el autor es ya viejo pide pan para no morir en el hospital, a vista de aquel editor a quien ha enriquecido, de aquellos empresarios a quienes sostiene y de aquel pueblo que paga por aplaudirle, aquel diputado y aquel senador comprenderán la justicia con que reclama pan y paz para morir aquel que tanto dinero ha puesto y continúa poniendo en circulación.

Creo, mi querido Velarde, que es el verdadero punto de vista de mi demanda de pensión.

El pueblo español ve y aplaude a Don Juan, pero no sabe lo que produce, ni a quién; sabe no más lo que le divierte y es preciso que se le diga lo que vale su dinero y lo que cuesta al autor el divertirlo con su [*desgracia*] Sic vos non vobis, y lo demás de los cuatro exámetros virgilianos.

Yo no sé, mi querido Velarde, si tendré que marcharme sin verles, pero reúname V. con Flores y Vidart, formulen mi acción de gracias como les acomode, que yo la firmaré sin leerla, y si [se] les ocurre un modo de procurarme trabajo,



Barcelona 15- Marzo -

Sr. D. José Velarde —

Mi querido amigo: me afecioné á los pajar y me operacion que he temido que hacedme en la cabera, me han impedido escribir, pensar en nada y volver á Madrid á tiempo. Yo he probado escribir nada para el bueno de Moreno Nieto, ni aún el miserable artículo del Imparcial hace dos meses: pero que esto lo necesito para vivir.

Como no leo nada, ni he vivido en el mundo desde que volví de esa, no sé nada de lo que en el mundo pasa; pero sé que van las cosas á abrirse de nuevo y te escribo estas cosas te

sea de periódico u otra cosa, se lo agradeceré, porque todo me vendrá bien, y yo estoy dispuesto a morir sobre el trabajo. De los míos quería hablarles.

Estaré en Madrid hasta el 22, y volveré probablemente del 4 al 10 de enero, pero me volveré a ausentar tal vez para siempre. Y por falta de papel, siempre suyo,

J. Zorrilla.

6.

Barcelona, 15 Marzo [1882]

Sr. D. José Velarde

Mi querido amigo: una afección a los ojos y una operación que he tenido que hacerme en la cabeza me han impedido escribir, pensar en nada y volver a Madrid a tiempo. No he podido escribir nada para el bueno de Moreno Nieto⁴⁹, ni aún el miserable artículo del Imparcial hace dos meses, y eso que este lo necesito para vivir.

Como no leo nada, ni he vivido en el mundo desde que volví de esa, no sé nada de lo que en el mundo pasa, pero sé que van las cortes a abrirse de nuevo y le escribo estas cuatro letras para recordar a V., a Fernández Flores y a Vidart la palabra que me dieron, la protección que me brindaron y el amparo que de ellos espero.

Yo iré a Madrid el 19 ó el 20 (a cencerros tapados porque aún estoy malo) y no quiero darme a luz ni que nadie me vaya a recibir mientras no hable con [Vms].

Por si ha mudado V. de casa, o los otros dos amigos, escribo a cada uno en particular. Suplico a V. que no lo tomen ni me lo achaquen a porfía inoportuna, ni a inmotivada desconfianza, sino al deseo de ponerles al corriente de mi situación y de ponerme yo a sus órdenes como tenemos convenido.

Yo iré a parar (porque mi cuñado quitó mi casa de la calle Jacometrezo 35) a casa del pintor D. Ramón Padró, Calle del Baño, 12, 4º, estudio, en donde puede V. dirigirme por escrito lo que quiera, y yo avisaré a V. de mi llegada.

Suyo siempre su agradecido amigo y abuelo en Apolo, q[u]e le quiere

J. Zorrilla.

7.

Vidiago, 9 Se[p]tiembre [1882]

Mi querido Velarde: hoy hace cinco días que llegué aquí. ¿Qué será allí?, dirá V. Pues es uno de los cien pueblecillos tendidos y colgados por los valles y

⁴⁹ El político falleció en 1882. Zorrilla le dedicó finalmente la composición «A la muerte de D. José Moreno Nieto», el 4 de marzo de 1882 (en Zorrilla, *Obras completas, op. cit.*, I, págs. 289-299), leída en la sesión necrológica celebrada en su honor en el Ateneo madrileño.

cañadas y por los cerros de este país montañoso y pintorescamente accidentado, entre cuyos habitantes se conserva aún algo de la Fe, las costumbres y la tradición del viejo tiempo. Yo vivo en una casa que llaman palacio (y que lo fue y es aún), que pertenece a un amigo mío a quien hace 22 años que conocí en Méjico, el primero a quien allí debí un buen consejo, un buen puñado de onzas y desde entonces acá una buena amistad.

Tiene este amigo negocios en Inglaterra, grandes relaciones en aquella maldita isla, y una afición inmoderada a todo lo inglés. Tiene su palacio amueblado y alfombrado con muebles y tapicería inglesas, y come y vive como si fuera inglés. Yo que respeto las costumbres, los caprichos y las manías de todos mis amigos, que tengo por este un respeto especial y una gratitud de hombre leal, no me atrevo a decirle que voy a perder el estómago, y el poco caletre que me queda, con tanta trufa, pescado, caza y legumbres en conserva inglesa, que es de lo que se compone su comida diaria. Y no porque con todo esto me obsequie a mí, sino porque él se trata de esta manera desde hace muchos años y no tiene en la atestada despensa más que latas y botes ingleses, de los cuales hace uso diario.

Su casa y mi alojamiento en ella es espléndido; su cuidado por mí, el de un padre o de un hermano mayor; se ocupa de los más pequeños pormenores de mi vida en su casa, y aunque quiere dejarme toda la libertad y todo el tiempo para el trabajo (que es lo que he venido aquí a hacer), ya unos amigos que vienen de lejos o de cerca por verme, ya unas señoras que sin verme no quieren volverse a Madrid, o a Oviedo, o a Santander, ya unos parientes q[u]e no pueden menos que saludarme, me cortan el hilo de mi cuento y me esperan blancas sobre la mesa las cuartillas que debían ya estar emborronadas de garabatos.

Ayer fiesta y tarde de lluvia (llueve desde que llegué) me reunió en un gran salón que tiene aún por amueblar 18 ó 20 muchachas para que bailaran el Pericote, danza característica de esta comarca de Llanes, y me pasé una divertidísima tarde, recogiendo cantares que me improvisaban las cantaoras de tan buena fe y tan sencillo corte como este:

Salud, mozas, a bailar
y bailadlo a maravilla,
ved que os está contemplando
el gran poeta Zorrilla.

Cantan aún aires y tonadas que huelen a Juan de Mena y Jorge Manrique, y cantan aún los romances antiguos, relatando una tradición, y el baile dura lo que dura el romance. No puedo hablar a V. más de esta escena impregnada de poesía casera y campestre, que huele a manzanas acabadas de coger del árbol y

suenan como los cencerillos lejanos de los ganados que vuelven al redil, porque no tengo tiempo y porque pienso escribir unos romances de todo esto que veo, oigo y saboreo con un placer infantil.

Pero de todos esto suplico a V. que no hable y menos escriba, sobre todo de mi amigo y hospedador, quien tiene odio a que se le nombre en periódicos ni escritos, y eso que de él no puede hablarse más que bien, y ha estado a punto de reñir conmigo, porque en mis recuerdos del tiempo Viejo he dicho de él lo menos que de él podía y debía decir, que no ocupa cinco líneas; y si por una casualidad o casual indiscreción alguno a quien V. dijese lo que yo en esta le digo se metiese a dar en un periódico la noticia de dónde y con quién estoy, puede V. estar seguro que me causaría un disgusto cuando llegara aquí el periódico.

No me importa, sin embargo, que diga V. que ando por Asturias y por los alrededores de Llanes (patria del gran Orejón Posada Herrera⁵⁰) con un amigo mío a quien, según se desprende de lo que de él digo en mis recuerdos y del cariño con que de él he hablado muchas veces delante de V., considero yo como un hermano y debo sin duda una gratitud que no tengo por qué ocultar ni pienso olvidar.

Esto no es decir a V. que quiero que se diga, ¡esto no!, sino que, si al fin se ha de decir algo de mí, vale más que se diga esto por V. que no una necedad que nos reviente por cualquier badulaque entrometido.

Si escribo los romances que pienso, se los enviaré a V. para que, después de revisarlos, se los dé a la Ilustración [Española y Americana] si los paga bien, y si no a Ortega Munilla⁵¹, que dará 15 duros por cada uno.

Parece que lo de mi edición completa va bien, y mi cuñado me escribe de Barcelona con muy buenas esperanzas. Yo temo que el Señor Dios, que me ha tenido siempre puesta la mano encima del cogote para que no me levante, o el diablo, que me ha convertido siempre en hojas secas los duros que podía haber metido en mi bolsillo, me envíen ahora una [*jarana*] política o el cólera [*esporádico*] para que mate la única empresa de que puedo sacar pan para lo que me resta de vida, y me muera en la calle en camisa y en invierno bailando la danza prima, y cantando mi epitafio al ritmo de las peteneras.

No tengo más tiempo. Siento no poder hablar más con V. Pepillo, pillo, pero llega un coche en el cual debemos ir a Llanes a comer con unos ingleses millonarios que están no sé bien cómo ni por qué en Llanes, y que nos han convidado ayer.

⁵⁰ El jurista y político José Posada Herrera nació en Llanes, en 1815.

⁵¹ José Ortega Munilla se hizo cargo de la dirección de *Los Lunes de El Imparcial* en 1879; cfr. C. Alonso, *op. cit.*

Conque adiós. Muchos buenos recuerdos a la señora, besos a los muñequitos y suyo siempre el viejo que más le quiere
J. Zorrilla.

Dos sobres: en el exterior:

Correo de Santander

[A/ Sr.] D. Manuel J. Madrid

por Torrelavega

Vidiago,

y en el interior a migo⁵².

Síntesis de la tierruca

¿Qué le sirve a un hombre pobre
cortejar a una bonita,
sí, porque a él le falta el cobre,
viene el rico y se la quita?
Aunque soy morenita y tuerta de un ojo,
todas las noches ronda mi puerta un cojo.

No quise concluir sin dar a V. muestra de la tela que aquí se teje.

8.

Barcelona, 11 Enero [18]83

Mi querido Pepillo: ¿se olvidó V. de mí o está V. malo? Yo he estado seis días en cama y he quedado en disponibilidad para ahorcarme.

¿Ha visto V. a Munilla? ¿No hay ya lunes del Imparcial ni un sitio para un artículo del vejete autor del rey Don Pedro?

Con la ascensión de Núñez de Arce al Ministerio, puede V. contar por no pensada la propuesta de las pensiones que debía de hacer, de modo que ahora menos que nunca espero la mía.

Estoy dando prisa al planteamiento de mi empresa, pero son tantas las formalidades que hay que llenar, que no creo poderlo lograr hasta fin de mes.

Me he mudado de casa y vivo ahora Calle de Lauria, 66 y 68, piso 2º, izqda (ensanche) donde aguardo que me diga V. algo.

⁵² Zorrilla escribe con muy buena letra la dirección y la coloca dentro de un cuadrado. Él suele utilizar la aféresis «migo» para referirse a su persona en otras cartas, por lo que aventuro esta lectura.

He recibido una carta cariñosa de Carlos F. Shaw⁵³. Dígame V. que no he tenido tiempo de contestarle, pero que le agradezco mucho su recuerdo y sigo en mi misma firme intención de formar con V. y con él el más formidable triunvirato para una campaña.

Suponiendo que verá V. al leal Marqués y a su monísima Marquesa⁵⁴, le suplico a V. que les salude en mi nombre mientras les doy noticias directas mías, y les veo al principio de febrero, que iré a Madrid.

Y sin más, respetos a la Sra. y besos a los chiquitines, suyo siempre amigo agradecido,

J. Zorrilla.

9.

Barcelona, 20 Enero [18]83

Mi querido Velarde: recibo su carta de V. y le contesto en la cama, donde estoy lleno de dolores nerviosos.

Ya me supongo que Núñez de Arce no hará nada por V. ni por mí⁵⁵. De mí, por mi parte, no le hable V. más. Yo molere a los ministros, daré un par de escándalos si Dios me da salud, y veremos de hacer lo que podamos.

Por fin me puso al habla con el Alcalde de Valladolid, cuyas cuatro mil quinientas pesetas no quiero perder. Desde el 15 de no[viem]bre [del] 82 está en comunicación en la redacción del Imparcial, y si allí no se hubieran jodido en ella y en mí, ya podría estar todo arreglado. Iré a Valladolid a principios de febrero. El empresario me propone dar dos lecturas allí y en Bilbao: si las doy, que ganaré por tanto tres mil rs., le enviaré a V. mil y no le ofrezco más, porque estoy acosado de intereses atrasados del semestre último⁵⁶.

Yo soy amigo de V. en cuerpo, alma y bolsillo: la desventura es que el cuerpo no sirve ya ni para [...*dido* (*con Dios h.*)], por el alma no da dos cuartos Pateta, y el bolsillo está siempre a las últimas boqueadas, pero, tal como yo soy, soy su mejor amigo de V., de su Sra. y de sus muñecos,

J. Zorrilla.

⁵³ Carlos Fernández Shaw fue otro de los poetas que se ofreció a Zorrilla para ayudarle en sus proyectos y colaborar en cuantas iniciativas se organizaran en su favor.

⁵⁴ Probablemente alude al Marqués de dos Hermanas, mencionado también en la carta II.

⁵⁵ Zorrilla siguió insistiendo ante Núñez de Arce y sus muchas solicitudes le movieron a actuar. En carta de 28 de noviembre de 1886 (membrete del Congreso de Diputados) le comunica que la pensión iba a ser votada antes de cerrar al año, como al final ocurrió (Cabo Martínez, *op. cit.*, pág. 393).

⁵⁶ Los problemas económicos de los Velarde crecieron con el aumento de la familia. En la correspondencia con Luis Montoto escribe en varias ocasiones que está feliz pero sin dinero, como siempre, y que pasa grandes necesidades para alimentar a su prole (siete hijos en diciembre de 1891).

10.

Barcelona, 27 Enero [1883]

Mi querido Velarde: gracias por su cariñosa carta del 21, que recibo hoy. Nada me tiene V. que agradecer: yo le quiero a V. como si fuera mi hermano menor, le estimo como a un ingenio de primera línea, por lo cual va a ser envidiado y roído por la polilla literaria. No hago más que mi deber de hermano mayor con V. y V. puede disponer de cuanto soy y de cuanto tengo, y basta.

Hace año y medio que no veo a Jovellar, que jamás me ha servido en el negocio de mi pensión. El único medio de entrarle es regalándole, antes de que parta, el manuscrito del Cid, que le está prometido y que aún no le he podido dar, porque le necesito para la corrección de pruebas, por estar el original de la imprenta copiado por un italiano en Roma, y por consiguiente con mil errores⁵⁷.

Voy a escribir hoy mismo que me envíen el cajón en que está la 1ª parte del manuscrito del Cid, y cuando Jovellar venga aquí se lo daré completo y le haré la petición. Si se la hago ahora estoy seguro de que ni me contesta.

Si a pesar de esto quiere V. una carta mía para Jovellar en favor de su amigo, póngame V. un telegrama y se la enviaré.

El amigo Mata y Maneja, que ha venido hoy casi como todos los días, me dice que le dé a V. la enhorabuena por la condecoración. Recíbala V. cordial de los dos, aunque yo no sé si esto le importará a V. o no. Yo tengo la Gran Cruz de Carlos III y me la he puesto dos veces en la embajada de Roma, pero siempre sirve para que la gente comprenda que se vale algo. Ya verá V. como Núñez de Arce se la hace dar y &ª, &ª.

Aquí le queremos a V., comendador o no, y le proclamamos a V. uno de los grandes poetas del universo.

De lo de Orejuela, si no se hace ahora mismo, se hará al fin de mes, porque Riquelme⁵⁸ viene aquí de Capitán General: Riquelme es íntimo mío y de Jovellar y, sin que yo tropiece con él, Riquelme hará el negocio. Riquelme, cuando mozo, hizo conmigo dos o tres calaveradas de aquellas de entonces: una he citado en los Recuerdos del tiempo viejo.

⁵⁷ El activo e influyente militar Joaquín Jovellar ocupó diversos ministerios durante la Restauración y llegó a ser presidente del Gobierno durante un corto periodo, en 1875. Zorrilla le menciona en *Recuerdos del tiempo viejo* (op. cit., págs. 3-4) entre sus protectores a propósito de la beca en Italia. Fue, además, capitán general de Cuba (1872-1874; 1876-1878) y de Filipinas (1883-1885). En 1883 parecen haberse distanciado. La casa Montaner y Simón publicó por entregas *La leyenda del Cid* entre 1882-1883.

⁵⁸ Supongo que se refiere al militar gaditano José Villaba Riquelme, nacido en 1856.

Los del Imparcial son unos [*jodidos*]. No han contestado a una carta en que les pedía mi nombramiento de Cronista y mi designación de sueldo q[u]e les fue dirigida el 19 de No[viem]bre.

Adiós. Un abrazo a la Sra. y muchos, muchos besos a los nenes del viejo Zorrilla.

II.

[Barcelona, 1883]

Mi querido Velarde: he estado fuera de Barcelona siete días y he recibido hoy su carta de V. del 29 pasado.

Insisto en que una carta mía hoy para Jovellar será una carta de Urías. Jovellar está ofendido y quejoso de mí porque no le he visto en trece meses. En la angustia en que me he ahogado y me estoy ahogando hace dos años no he tenido humor para ocuparme de etiquetas ni fórmulas sociales. Sabe V. que al Marqués de Dos Hermanas, que se ha portado conmigo mejor que un hermano, no le he visto en once meses y no he [a]parecido hace un año por el Ateneo, que siempre es un centro de publicidad. Si yo veo y hablo a Jovellar ya puedo dar vuelta a mi posición con él, pero si recibe una carta mía, la contesta con otra. En cuanto reciba V. esta averigüe cuándo sale Jovellar de Madrid y si sale por este puerto: yo retrasaré mi salida para Valladolid hasta que vuelva. Le enviaré a V. una carta mañana para que le den el manuscrito del Cid, que está en un cajón abierto en el hotel de embajadores; V. se lo lleva de mi parte con una carta de recomendación para Orejuela. Le dice V. que la conclusión se la daré yo aquí cuando pase para embarcarse y, entonces, es tal vez segura su aceptación.

Yo quiero no engañar a V. ni a Orejuela: conozco [a] mi gente y con una carta no se hará nada; sin embargo, se la enviaré a V. mañana, con la otra. No lo hago esta noche porque mi mujer está en cama y yo no he dormido hace dos noches por unos negocios muy necesarios que traigo entre manos, que me han hecho ir a Tarragona, a Mataró y a Gerona en siete días para deshacer una equivocación que iba a echarme abajo mi pobre empresa editorial, único porvenir que me queda.

Conque hasta mañana y telegráfieme en cuanto lo sepa lo de Jovellar.

Si humanamente puede un hombre servir a otro, aun a costa de su vergüenza, yo soy ese y Orejuela irá a Filipinas con Jovellar, o le enviará Riquelme.

Sin más suyo

Zorrilla.

12.

febrero 6 [1883]

Mi querido Joselillo: estoy esperando el telegrama que le encargué a V. que me pusiera avisándome la salida de Jovellar.

Tengo una carta para éste llena de explicaciones y satisfacciones, que sólo por V. le hubiera dado, para que preceda 24 horas a la recomendación cuando yo me haya reconciliado con Jovellar, sin esto estoy seguro que su recomendado de V. sería desairado.

Yo estaré aquí hasta el 15 al 17. Como por ahí y por aquí me salen mal las cosas, tendré que emprender una hégira deshonrosa y vergonzosa, para mí y para los que me la dejan hacer, para ganarme unos reales. Si Jovellar se viene a embarcar aquí, aquí le visitaré yo, y, como supongo que Riquelme vendrá un día de estos, le veré y le interesaré por su condiscípulo de V.: las palabras de Riquelme valdrán más que todas mis cartas.

Los de Valladolid me dicen que todavía falta que el ayuntamiento nuevo apruebe en el presupuesto la partida de mi sueldo, sin lo cual no se me puede pagar. Por lo visto sólo para mí tiene mal de ojo el dinero que en España le dan a cualquier hijo de puta.

La Infanta me envió con el Marqués de Nájera las gracias por unos versos muy bonitos, y son 110, que la escribí en el álbum.

Núñez de Arce me escribió perdonándome la vida y asegurándome en carta de 15 renglones escrita por amanuense que se acordaría de mí en cuanto hubiera ocasión.

Tengo pues que tirar por otro lado y, aunque aquí tengo mis dificultades para el cobro de las acciones, mi cuñado quedará aquí en mi lugar y yo me voy por ahí a proclamar la bula de la cruzada en favor de mí mismo, por no ir a morir a Francia, resuelto a no vender a los franceses mis obras y a morir sobre el trabajo.

¡Conque mucho ojo! [*avíense*] y cuente con la carta y sobre todo con la ayuda de Riquelme, quien, a fuerza de importunarle yo, concluirá por enviar a Orejuela a Manila, si yo no valgo un carajo, lo que es muy probable.


Me he quedado solo en casa, mientras se han ido todos a ver las máscaras, para escribir la correspondencia atrasada. Esta es la carta nº 19 y es ya de noche. No tengo más tiempo que para decirle que le quiere siempre su abuelo

José⁵⁹.

⁵⁹ Con membrete del Ateneo, Científico, Literario y Artístico de Madrid, Velarde envía a Zorrilla, el 8 de febrero de 1883, la siguiente nota: «Mí querido papáto: ¡Cuánto me duele tener que molestar a V. en vez de proporcionarle alegrías como debiera! Pero los hijos son siempre ingratos con sus padres, y yo no había de ser la primera excepción de esta regla. / Insisto en que trabaje V. como Dios le de a entender para que Orejuela se vaya a Filipinas con Jovellar. / En usted confío y no le digo más. / Le abraza estrechamente su cariñoso y agradecido amigo que le quiere como a Padre / Pepe Velarde» (Alonso Cortés, «Zorrilla y Velarde», *Amigos de Zorrilla*, op. cit., pág. 53).

Zaragoza - 26 Mayo -




 Mi querido Velarde: no me atreví a escribir a V. la repulsa de Jovellar: que me dijo que había pedido ya los que debía llevar, y sólo en el caso de fallecimiento o renuncia de alguno podría ocupar su puesto nuestro recomendado. Quié el se lo escribiría desde allá al Ministro de la guerra cuando llegara; y como no ha llegado en estado de escribir, me parece que su promesa está escrita en la estela del buque que le

Real Academia Española. Biblioteca. Ms. 402

13.

Zaragoza, 26 Mayo [1883]

Mi querido Velarde: no me atreví a escribir a V. la repulsa de Jovellar, que me dijo que había pedido ya los que debía llevar y sólo en el caso de fallecimiento o renuncia de alguno podría ocupar su puesto nuestro recomendado. Que él se lo escribiría desde allá al Ministro de la guerra cuando llegara, y como no ha llegado en estado de escribir me parece que su promesa está escrita en la estela del buque que le ha llevado. Ya le dije a V. que el General había cambiado mucho conmigo desde que trajo a don Alfonso. No he podido hacer más: se llevó una nota mía, su carta de V. a mí, y otra nota que él puso delante de mí al margen de la mía.

No necesito yo que V. me diga que se alegra de mi bien, pero no se alegre V. por mi pensión ni por mi coronación, que tienen las noventa y nueve contra las ciento de no realizarse. Hay por Madrid, y sobre todo por su alta atmósfera, un viento contrario al autor de don Juan, y verá V. cómo la pensión no se concede antes de cerrarse la legislatura, y una vez cerrada quedaremos como hace seis años. Lo de la coronación tampoco se realizará sino en el caso en que el coronador sea el Alcalde constitucional, representante del pueblo. En Valladolid no empezaré a cobrar hasta julio, y sé que ya se trata en el Ministerio de Estado de suprimirme los cien duros de Roma, so pretexto de que ya el gobierno me los va a dar por otra parte.

Conque en vista de esto he hecho como Don Quijote mi tercera salida, a enseñarme por las provincias para que vean que aún vivo, y a ganarme, como

un saltimbanqui o un sacamuélas, exhibiéndome por los teatros por un puñado de pesetas que me ayuden a pasar el verano y a llevar a los baños a mi mujer que los necesita. Ya que por arriba no puedo conseguir nada, me he echado a pedir limosna al pueblo para quien he escrito y por todas partes me recibe como su padre al hijo pródigo, con los brazos abiertos. Algo es algo y aún no he muerto yo en España. ¿Quién sabe?

Esta es la situación, una prueba de que el gobierno me deja pedir limosna y que el pueblo me la da con gusto, de lo que cual deduzco que yo soy el poeta del pueblo, no hay en esto deshonra alguna. Conque ¡a vivir! y a querernos mucho. No sé dónde voy desde aquí, pero iré a todas las provincias que me quieran oír: como [Narsés] y Belisario, Pepe.

14.

Barcelona, Dic[iem]bre 31, [18]83

Sr. D. José Velarde

Mi queridísimo Pepe: no extrañe V. mi largo silencio, porque los afanes domésticos, los trabajos diarios para ganar el pan, y los achaques y decadencia de la vejez me tienen indiferente y apartado del mundo.

Pero ni el tiempo, ni los estragos, pueden borrar de mi memoria su nombre, ni de mi corazón el cariño y amistad que le profeso.

Esta va en lugar de la tarjeta de año nuevo, para deseárselo más feliz que los pasados. En una tarjeta no cabían ni aun estas cortas líneas; aquella probaría cumplimiento de las formas sociales de la gente bien educada y nada más; esta carta prueba que en medio del hastío y de la soledad que me rodea, y en los cuales yo por mí mismo me he sumido, aún brilla como una estrella en las tinieblas el recuerdo del egregio poeta y del sincero amigo, capaz de perdonarme el silencio de todo un año por las dos palabras con las cuales le testifico que nunca le olvido, que siempre vivo agradecido a sus favores y que pienso y pensaré en él, para desearle venturas, al principio y al fin de todos los años que la vida me dure.

Conque, Pepillo, buen año nuevo y no olvide que siempre le quiere su viejo amigo

José Zorrilla.

15.

Valladolid, 20 marzo [18]85

Mi querido Pepe: tenía entendido que estaba V. en Sevilla, y como no sé si ha cambiado V. de casa le dirijo esta al Ateneo, y por eso tampoco le he escrito a V.

Tuve que venir aquí en septiembre último porque ya comenzaban los concejales a pensar en suprimirme un sueldo que me han señalado de 18.000 rs. del cual me descuentan el 20% por parecerles desaire el vivir en otra parte, y la maldita necesidad me hace apechar por tal exigencia, que es una de las cala-

midades mayores que me han caído en mi vida encima. Esto es una sentina de chismes y nadie hace nada más que perder el tiempo en visitas y maledicencias: parece que todos son millonarios; por poco buen tiempo que haya a paseo y a tomar el sol en invierno y la sombra en verano, que es la ocupación de los españoles.

No se puede vivir más que en Madrid o en Barcelona; las demás capitales de España tienen costumbres de villorrios.

Yo escribo continuamente insensateces y vaciedades para ganarme la vida, de la cual estoy ya harto. El mes próximo entraré en la academia, con lo cual concluiré de despopularizarme, porque lo único que me abonaba era no ser nada ni tener nada; en siendo académico y recibiendo pensión, yo soy cualquiera, pero hay que vivir. Si no hubiera cometido la torpeza de volverme a casar hubiera dado un ejemplo de salvaje independencia y hubiera siempre tenido las manos y los pies libres, pero a lo hecho... ¡joderse!

Otro arrastre inevitable: mi entrada en la academia, que será a fines de abril, con un discurso en verso, por el cual me tendrán que volver a echar, aunque con no volver es lo mismo. No puede V. figurarse lo que yo detesto todos esos cuerpos importantes que para nada sirven, pero se tomó mi repulsa por un lado tal, y se metieron en ello personas a quienes ya no pude decir que no, y mañana envío mi discurso a Valmar, que es quien debe de contestarme.

Es posible que tenga que ir a esa tres o cuatro días a principio del que viene: dígame V. si vive todavía en la C. de Jorge Juan, o envíeme sus señas para avisarle y que nos veamos. Las de mi casa son Victoria 16, pral.

Carlos Fernández Shaw me escribió hace unos días una carta, a la cual le contesté a su casa y no he vuelto a saber más de lo que él me preguntaba y yo le respondía; puede que en su casa hayan cogido la carta y no se la hayan dado: dígaselo V. puesto que, según el papel del Ateneo en que los dos me escriben [Vs.] supongo que se ven frecuentemente.

Haga V. presentes mis más cariñosos recuerdos a la señora y enseñe a sus chiquitines a quererme; y me alegro de ver que no me olvida V. como no le olvidará nunca su abuelo

J. Zorrilla ⁶⁰.

⁶⁰ Con membrete del Ateneo, Científico y Literario de Madrid, el 18 de marzo de 1885, escribe Velarde: «Queridísimo viejecito mío: Aunque no le escribo a menudo le tengo siempre aposentado en la memoria y en lo más hondo del corazón. / Los míos comparten conmigo este cariño filial y hacen votos por la felicidad de mi padre en el arte de las letras. / Recibí por conducto del Marqués su precioso folleto de V. / Muy pronto podré enviarle la colección de mis obras hecha en París. / No me olvido de V. nunca y sepa que tiene en mí para todo un hijo cariñoso que le abraza de todo corazón en el día de Sn. José (Esto no obsta para que le abrace todos los demás días). / Adiós, papafío mío, un abrazo de mi mujer, besos de mis chiquillos y el profundo respeto y el tierno cariño de / Pepe Velarde. / s/c Jorge Juan, 5, 3º» (Alonso Cortés, «Zorrilla y Velarde», *art. cit.*, pág. 53).

16.

Viernes 29 mayo [1885, Madrid]

Mi querido Pepillo: llegué esta mañana; me hospedo en casa de los Condes de Guaqui. ¿Quiere V. billetes para mi recepción en la Academia? Mañana estaré en casa de 12 a una. Se entra por la Calle del Sordo, núm. 12, jardín ⁶¹.

No tengo tiempo para más. Le quiere siempre

Zorrilla.

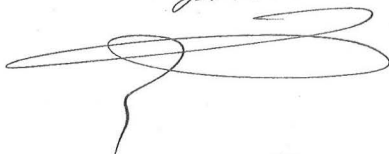
43

Viernes 29-Mayo

Mi querido Pepillo: Llegué esta mañana: me hospedo en casa de los Condes de Guaqui; ¿Quiere V. billetes para mi recepción en la Academia? Mañana estaré en casa de 12 a una - se entra por la Calle del Sordo, núm. 12. jardín —

No tengo tiempo para más, le quiere siempre

Zorrilla




Real Academia Española. Biblioteca. Ms. 402

⁶¹ El domicilio no se lee bien, pero es el que figura en otras cartas; por ejemplo en la dirigida a Emilio Ferrari (Pinta Llorente, *art. cit.*, pág. 275). Por lo que parece, Zorrilla escribió la misma nota con leves variantes y la remitió a distintos corresponsales.

17.

Domingo 20 [¿1885? Madrid]

Mi querido Pepe: anoche al despedirme me dijo Grilo que iba esta noche a casa de la Duquesa y que ahí me esperaba. Si [*ilegible*] algo va a meter la pata y a echármelo a perder⁶².

He resuelto hablarle claro y no andar con indecisiones. De la Guaqui y la de Vallejo estoy seguro, y si a la Guaqui no le viniera bien por el momento se lo pediría ella a su padre el Duque.

Esto me parece lo más pronto y lo más derecho, y lo dejamos para el lunes, puesto que Ángela [duquesa de Medinaceli] no sale por la noche y el lunes a primera hora la puedo coger sola.

Yo dije a Grilo que dudaba poder ir hoy por compromisos anteriores y por sentirme malo.

Vd. si va diga que solo estando malo o teniendo alguna otra dificultad con el Subsecretario de fomento, con quien sabe V. que tenía cita, puedo faltar.

Yo diré aquí lo mismo porque efectivamente tengo que volverle a ver, porque el documento que me ha traído hoy no me sirve. Me lo trajo el mismo Picatoste⁶³, pero no he comprendido si los criados no lo recibieron o él no quiso subir.

Cariños a la Señora y a los muñecos y suyo

Pepe.

18.

Miércoles 24 [Madrid, ¿1885?]

Mi querido Velarde: desde el día que estuvo V. en el hotel no tuve mejoría alguna. Como el lunes llovía, no me atreví a ir por la noche a casa de la Duquesa; ayer martes salí, por los enojosos negocios que traigo, a ver al abogado y al médico y tuve que acostarme a las seis de la tarde. Son las 10 y media y me siento para escribirle a V. porque mi pobre mujer dice, y dice bien, que, no pudiendo hacerme aquí ninguna operación en la boca por la inflamación y la neuralgia, mejor cuidado estaré en mi casa que en un hotel, y esto me lo

⁶² Zorrilla desconfiaba del poeta áulico Antonio Fernández Grilo, protegido por los aristócratas y asiduo a sus reuniones y saraos. En carta remitida a Esteban López Escobar, en 1886, declaraba su extrañeza ante el silencio de su protector el conde de Guaqui y se preguntaba si Grilo no tendría algo que ver en ello: «Me choca mucho el silencio del Conde, y me temo alguna chanada de Grilo, que es un chismoso entrometido» (4 marzo 1886; Rodríguez Marín, *op. cit.*, pág. 110). Acerca del salón de la condesa de Guaqui y Grilo, véase *Recuerdos del tiempo viejo*, pág. 65).

⁶³ Felipe Picatoste y Rodríguez, jefe del negociado central de Fomento a finales de 1885.

dice en carta que me trae el inspector de los caminos de hierro, tío de la demoiselle de compagne de mi mujer, con billete y orden de acompañarme en el tren primero que salga.

Por la letra comprenderá V. mi estado febril: no puedo sujetar la mano, creo que llega la caducidad en tren exprés.

Diga V. pues a la primorosa Duquesa que no me he atrevido a presentarme en sus salones con la cara entrapada y la barba mal hecha; su servidumbre me hubiera tal vez tomado por un escapado del hospital, y sus amigos y comensales por la estatua del comendador que había pasado por una carbonería en vez de atravesar la [*marco*] de la casa de Don Juan. Dígale V. pues a mi gentil amparadora que, con la faz presentable y los versos legibles, ya no la asustaré y haré un poco mejor figura en el mes de noviembre cuando vuelva a ponerme a sus pies, y que, entretanto, a uso de nuestros abuelos, que la beso las manos, más que en su palma

no oso yo besar nada

más que su alma.

Y con cariños y besos a los niños y mis recuerdos a la Señora, le envía un abrazo su viejo

J. Zorrilla.

19.

Viernes 18 [¿1885? Madrid]

Mi querido Velarde: yo estoy malo y harto ya de tanto disgusto como me llueve. Es preciso que nos veamos.

Ángela ha venido: yo voy a enviarla no más una tarjeta para que sepa dónde estoy, no tengo derecho a otra cosa no habiéndome contestado a la carta última, que ella misma me pedía que la enviara por medio de Mesa, su apoderado aquí, y cuya carta estoy seguro que no ha recibido.

Necesito pues su consejo de V. que es el único que está al tanto de mi posición con ella, sin aclarar la cual no puedo dar un paso sin arriesgarme a resbalar.

Mañana sábado iré antes de las 12 a ver a V. si no voy esta tarde antes de esta carta.

Mil cariños y suyo

J. Zorrilla.

20.

Valladolid, [*Octubre*] 12 [18]86

Sr. D. José Velarde

Mi queridísimo amigo: no le he podido escribir a V. antes porque el frío del camino, el temporal endemoniado que aquí reina y las nieblas húmedas [*ilegi-*

ble] me han exacerbado los dolores y me han producido unos reumas en los brazos que ni puedo fijar la atención en nada ni puedo mandar a los dedos rebeldes el servicio de la pluma.

De negocios nada le digo, porque yo soy un bruto abandonado de Dios y del sentido común, y estoy destinado a vivir mal y a morir peor, sin haber logrado nunca nada de lo que pueda hacerme cinco horas feliz sobre la tierra.

Dígame V. algo de cómo quedé y me dejó V. con Ángela Medinaceli, que yo supongo que bien, por haber dejado tan buen abogado.

No pudiendo trabajar estos días, me he entretenido en pasar papeles y libros a unos nuevos estantes, y entre muchas cosas inútiles me he encontrado una tauromaquia de Pepe-Hillo, impresa en 1796 en Cádiz, con un retrato del diestro, grabado en madera que no hay narices con que verlo. Yo no recuerdo ya si la tauromaquia de Montes (que se la escribió Serafín Calderón) hace mención de esta de Joseph Delgado (alias) Illo y supongo que de ella no hay propiedad ninguna. Me ocurre, si con los tres o cuatro artículos de V. y Navarrete, uno mío dirigido a los dos, y unas cuantas páginas de barbaridades comparando el antiguo aplomo y la antigua sencillez de la escuela vieja con los quiebro y meneos inverosímiles, y la prolongada e insensata faena de los diestros actuales, y dando media docena de zurras a los cronistas taurómacos, y a los diestros y a los empresarios, y a los ganaderos y al público, so pretexto de comentar el arte de torear de Pepe Hillo, podríamos hacer un libro que nos valiese más que todos los que, mal o bien, han de llevar nuestro nombre a la gente venidera⁶⁴. Piénselo V. y si la tauromaquia de Hillo no está reimpresa procurándome no me [*ilegible*] de toreros que se publicó hace años recién venido yo de Méjico yo le haré a V. un plan muy sencillo para agenciarse [*ilegible*] a costa ajena que [*ilegible*] en el mismo modo [*ilegible*].

¿Cómo está la Señora? ¿Cómo los muchachitos?

A mí se me debe de haber muerto el apoderado de Roma, porque ni [a]parece mi sueldo ni contesta nadie a un telegrama con respuesta pagada que envié hace dos días.

No hay más papel. Cariños a todos chicos y grandes, y suyo siempre
Zorrilla.

⁶⁴ Zorrilla fue muy crítico con la situación de la fiesta taurina en su tiempo. En esta epístola alude a *Tauromaquia completa o El arte de torear* (1836), de Francisco Montes Paquiro, que fue redactada por Santos López Pelegrín (*Abenámar*) y no por Serafín Estébanez Calderón (que sí ejerció como revistero taurino). El escritor antitaurino José de Navarrete mantuvo algunas polémicas con defensores de la fiesta (como, por ejemplo, Mariano de Cavia). Velarde era autor del poema legendario «Toros y cañas (s. xv). Romance morisco» y publicó una colección de cartas sobre el mismo tema dirigidas a Navarrete: *Toros y chimborazos* (Madrid, Librería de Gutenberg, 1886). De *Tauromaquia o arte de torear a caballo o a pie* de Josef Delgado, conocido como *Pepe-Hillo* (1ª ed., 1796) había una edición ilustrada de 1804, reimpresa luego en numerosas ocasiones.

21.

Valladolid 12 Dic[iem]bre, [18]86

Mi queridísimo nieto en Apolo y en la gratitud que le debo por tanto empeño como por mí ha puesto siempre por escrito y de palabra: le agradezco a V. infinito el artículo q[u]e no ha habido necesidad de poner en el Imparcial, que me vuelve la espalda porque no quise darle versos del Cantar del Romero la noche de su lectura, esto es todo. No pensemos más en él y buenas noches.

Lo de la tauromaquia [se] me ocurrió por haber encontrado el ejemplar de la de Pepe Hillo al arreglar mis papeles, pero no teniendo ya novedad no hablemos tampoco más de ello y discurriremos otra cosa.

Lo que más me aflige es el comienzo de su carta en que mienta disgustos, enfermedades y escaseces que le atormentan y por los cuales ha tenido que retrasarme noticias suyas. Yo estoy también rodeado de pesadumbre, y tan hastiado de la vida como de las letras, y muy próximo a buscarme un agujero por donde tirarme de cabeza en la eternidad. A mí no me salva ni la bula de Meco, porque yo llevo el infierno dentro de mí mismo, y como yo me tengo [*sic*] la culpa, según el mundo vulgar, no tengo ni el derecho de quejarme, ni el consuelo de contar mis miserables desventuras.

Mi pena es hoy mayor al no poder ofrecer a V., no consuelos banales de palabras, sino unos cuantos puñados de pesetas con que compartir las escaseces de ambos, porque las mías en el fin de diciembre con las dos estafas que me hacen en Barcelona, [*conque*] de mis obras completas ni del cantar del romero, que me le han vendido solo con 50 % de rebaja, me han reducido a 25 ejemplares del cantar del romero y a mil duros que dicen que les debo, y que me demandan si me niego a seguir la publicación, bajo la base de que yo siga dando notas y ellos sigan comiendo de el [*sic*] producto⁶⁵. ¡Vea V. qué porvenir para el 87! Pero maldita sea mi suerte, como dijo el bruto de Ducazcal⁶⁶, y me cago en mi alma, como yo digo. Si para el mes de enero no arrebaño, no importa cómo ni de dónde, unos cuantos duros que enviar a V., que a eso y más están obligados los abuelos con los nietos, y si puedo irme ahí

⁶⁵ En 1884, el poeta convino con la Sociedad de Crédito Intelectual (Barcelona) la publicación de sus *Obras completas*, de las que solo apareció el primer volumen. Según Alonso Cortés (*José Zorrilla. Su vida y sus obras, cit.*, pág. 834), a Zorrilla le disgustaron las ilustraciones (a cargo de Antonio Castelucho, Mariano Foix, Francisco Gómez Soler, J. B. Llimona, M. Moliné, Leopoldo Roca y Paciano Ross) y los editores se negaron a cambiarlas, por lo que dejó de mandar original «y se suscitó el pleito». El poeta esperaba conseguir suculentos beneficios de este proyecto, lo que se frustra al suspenderse el proyecto.

⁶⁶ Felipe Ducazcal, político y periodista además de empresario teatral, contrató a Zorrilla para realizar varias giras por los teatros españoles.

y poner un [*casucho*], ya daré con uno o varios libejos que escribamos juntos y le den a V. al menos la mitad de un pan y el pico de mi discutida y trabajosamente arrancada pensión. Y basta de esto porque obras son amores, que no buenas razones.

Mi sobrino Esteban Escobar, a quien V. conoce, irá a ver a V. a su casa y le buscará en el Ateneo para que le ayude V. a enviar el ejemplar de los Gnomos a la Duquesa a Lisboa, porque el apoderado de su palacio no ha querido ni recibir a Esteban, ni encargarse de enviarle el libro⁶⁷. Ya sabe V. que la soberbia de los señores suelen encargarse de tenerla por ellos sus criados, y yo debo a la Duquesa el 1er ejemplar, que si queda en su casa hasta que vuelva puede que lo reciba en el valle de Josafat. V. por sí mismo o por alguno de sus íntimos puede averiguar su dirección en Lisboa y Esteban se lo certificará. Ya que ya tengo la pensión del Gobierno, más que nunca quiero ser cortés con la duquesa, no vaya a pensar nadie que lo era mientras ella me pensionaba y ahora hago con ella lo que Ortega Munilla con nosotros. No hay más papel. Adiós, cariños, besos, abrazos, y suyo

Zorrilla.

22.

Zarauz, 17 Oc[tu]bre [1887]

Mi querido Pepe: enfermo, aburrido y desesperado, por razones que no son para escritas, me salí de mi casa hace dos meses y estuve en Palencia y otros puntos hasta que vine aquí a cumplir malamente a Carmen Guaqui la palabra de hacerla una visita. Aquí me serené un poco, pero este cambio a una calma inacostumbrada trajo un ataque de bilis que me ha tenido unos días en cama y me ha impedido ir al congreso literario, para el cual pedí y pagué mi billete.

Como mis penas y mis afanes son íntimos y del alma, y ni pueden confiarse a nadie porque ni tienen consuelo ni pueden tener remedio sino con el fin de la existencia, me los paso yo solo, pobre, humillado y oscurecido por voluntad propia.

Yo tengo la mano de Dios puesta sobre el cogote, y jamás levantaré cabeza por castigo expreso de su Divina Providencia, y como contra Dios nadie es valiente, y el suicidio no entra en mis creencias...: «velay Usted», como dicen por aquí.

⁶⁷ El capitán Esteban López Escobar, hombre de confianza del poeta, le ayudó como mensajero o agente en varias empresas haciéndole encargos y efectuando cobros en su nombre. Las cartas editadas por Rodríguez Marín (1934) van dirigidas a este pariente. La epístola recuerda los libros *El cantar del romero: Leyenda en verso* (Barcelona, Administración Sociedad de Crédito Intelectual, 1886) y *Gnomos y Mujeres* (Madrid, Librería de Fernando Fe, 1886).

En estas circunstancias en que mi alma, embargada por un profundísimo hastío, vive casi desesperada, incapaz de producir trabajo que la distraiga, es imposible que yo complazca a la viuda del malogrado Augusto Llacayo, a la cual no puedo yo abrir el infierno de mi corazón.

La escribí una vez, diciéndola q[u]e la biografía de un hombre recientemente desaparecido de entre los vivos tenía que ser escrita por un amigo íntimo que pudiera dar detalles personalísimos y familiares que caracterizaran al difunto, y no podría escribirse como la de Sócrates o el padre Mariana. Ella creía que mi nombre serviría de escudo a un trabajo malo mío, y no lo ha querido entender, creyéndose desairada por mí. Ahora bien, yo tengo que hacer un trabajo oral, casi deshonesto y brutal para mi edad, con el objeto de obtener una cantidad no pequeña para dar a fin [de] año otra dirección a mi casa y pagar mis deudas, y no puedo dedicarme a más trabajo que al rápido y forzado que exige el escaso tiempo⁶⁸.

He aquí mi plan (para V. solo). Tengo que estar aquí hasta el 22 al 24 por aguardar cartas de Francia y de esa; el 25 iré a San Sebastián; del 26 al 27 iré a Valladolid, donde estaré dos días; y el 31 [de] octubre o el 1º de no[vie]mbre caeré en Madrid. Si los condes de Guaquí vuelven cuando yo o próximamente, me hospedaré en su palacio como siempre y, si no, le avisaré dónde entonces hablaremos de todo.

Entretanto (hasta el 22) he aquí las señas:

Provincia de Guipúzcoa

A D. J. Z. en casa de los Sres. Condes de Guaquí
Zarauz

Y se acaba el papel. Cariños a la señora y que Dios los bendiga como
J. Zorrilla.

23.

No[vie]mbre 23 [1891]

Mi querido Velarde: veinte meses hace con este en que estamos que no voy a la Academia, ni a teatro, ni al Ateneo, ni he visto aún a la Reina después de mi inverosímil coronación, ni recibo más que al médico. En este tiempo he tenido tres muertes en la familia y mi mujer continúa en peligro de ella cada

⁶⁸ La viuda de Llacayo solicitó a Zorrilla una biografía para un volumen en homenaje a su difunto marido. Este libro fue *Burgos: Catedral, Cartuja, Huelgas* (Madrid, Timoteo Arnaiz, 1887), con dedicatoria al poeta. Al final, José Velarde redactó la biografía y se sumó una carta de Zorrilla.

semana: anoche mismo la dimos por perdida al segundo desmayo, que la duró hora y media. Esto no es vida, mi querido Pepejo, ni yo tengo ya más esperanza que la de no poder resistirla. Vamos al asunto.

Mañana iré por primera vez a comer con la Duquesa y el jueves iré a la Academia a ver lo que hay. Creo que se vota a Barbieri para la vacante de Alarcón⁶⁹, según reza el aviso de la secretaría.

Moguel vino a verme hace mucho tiempo y yo estaba entonces, y estoy todavía, por él, sin necesidad de que V. me recordara mi deber; falta que reemplazar a Gabino Tejado y a Cañete, pero desde el escándalo de la votación de Commelerán, creo que se ha convenido en que habrá una sesión secreta para ponerse de acuerdo y votar al electo por unanimidad⁷⁰.

Yo haré lo que sepa y pueda, pero allí no manda nadie más que Cánovas. ¿Cómo está Moguel con él?

Los médicos se oponen a que yo salga de noche, pero habiendo asistido a mi beneficio (!) no puedo negarme a la Duquesa. Si va V. por su palacio mañana, aunque no esté convidado a la mesa, hablaremos de esto y de otras cosas.

Besos a los niños, cariñosos recuerdos a la buena moza, y suyo siempre su estúpido viejo,

J. Zorrilla.

24.

Miércoles 9, Ag[os]to [¿1891?]

Mi querido Pepejo: quiero marcharme a mi casa a Barcelona, pero no quiero irme sin verle a V. Hay aquí dos o tres cosas que no comprendo, y como no tengo muchos amigos, y ninguno de quien fiarme como de V., quiero que hablemos 20 minutos.

Hoy al medio día pongo esta en el correo y supongo que la recibirá V. esta noche; mañana jueves, entre 11 y 12, iré a su casa, y si de lo que con V. consulte resulta que necesito que V. me acompañe a un ministerio ¿vendrá V. conmigo?

⁶⁹ El musicólogo y compositor Francisco Asenjo Barbieri ocupó la silla H tras la muerte de Pedro Antonio de Alarcón, en 1891 (Zamora Vicente, *op. cit.*, pág. 153).

⁷⁰ La admisión del lingüista Francisco Commelerán, en mayo de 1890, fue muy discutida. Gabino Tejado y Manuel Cañete fallecieron el 9 de octubre y el 4 de noviembre de 1891, respectivamente. Sus puestos fueron ocupados por Federico Balart y Santiago Liniers. El influyente Antonio Cánovas del Castillo era entonces Presidente del Consejo de Ministros. Antonio Sánchez Moguel fue académico de la Historia, catedrático, conferenciante, periodista, erudito, calderonista, político y persona muy influyente en el Ateneo de Madrid, donde organizó las lecturas públicas. El número de *La Ilustración Española y Americana* dedicado a la muerte del poeta incluye un artículo suyo («Zorrilla», 30-1-1893, pág. 66). Vid. carta número 24.

Mis más cordiales recuerdos a la señora, besos a las chiquitinas, y suyo siempre,

Zorrilla.

25.

Sábado 12 enero [Madrid]

Mi querido Velarde: he tenido unos cólicos biliosos que no me dejan hacer nada hace tres días. Antes de ellos me he pasado por el café y no he visto a V. por la ventana. Necesito de V. para pedirle consejo: contésteme V. a seguido de estos renglones a qué hora está V. en su casa, porque yo no puedo arriesgarme a estar más de hora y media o dos horas fuera de la mía. Mi mujer ha estado en cama al mismo tiempo que yo, y aún sigue.

Me habló V. y me hablaron Moguel y Correa de una comida en que debíamos acordar no sé qué trabajos en que [*contaban*]⁷¹ Vms. contar conmigo. Comer no puedo, pero contribuir al trabajo puede que sí.

Si la reunión se verifica o se ha verificado, V. puede en mi nombre aceptar todo lo que se me encomiende, pero ya estoy muy averiado y no podré ir muy lejos, aunque iré un paso más adelante de lo que pueda.

Conque ¿a qué hora voy mañana domingo a su casa de V.?

El dador será un ordenanza de mi sobrino y no me dará su contestación de V. hasta hoy a las 4 de la tarde. ¿Le conviene a V. entre diez y media y once?

Zorrilla.

MARTA PALENQUE

Universidad de Sevilla

⁷¹ Posible error por «pensaban». Ramón Rodríguez Correa (el amigo y prologuista de las *Obras*, 1871, de Gustavo Adolfo Bécquer) compartió con Velarde, Manuel del Palacio y Zorrilla una sesión de lectura en el Ateneo, en enero de 1889; *cfr.* nota 11 y [Suelto sobre lecturas públicas], *La Vanguardia*, 17-1-1889, pág. 2.